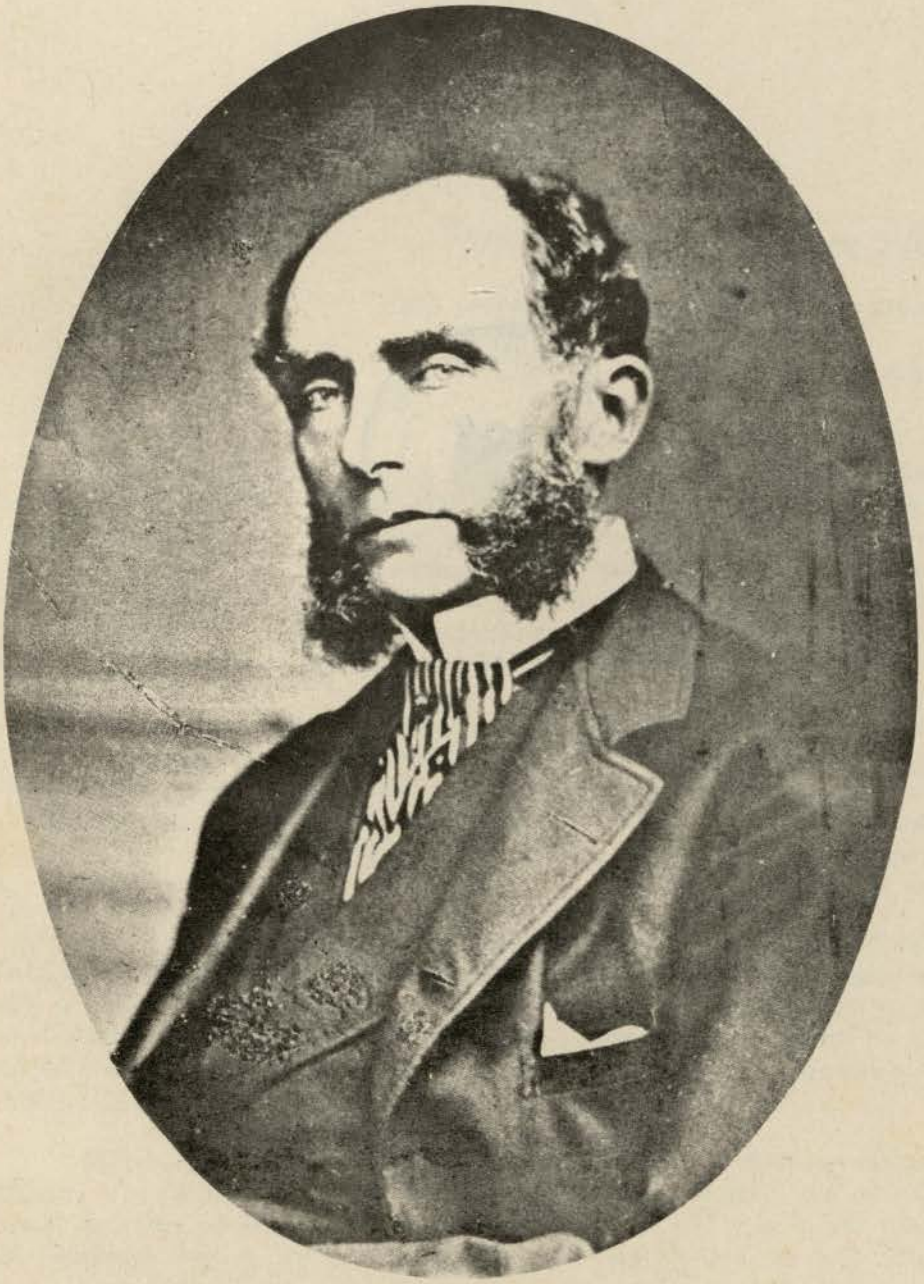
ST.

ALBERTO WAGNER DE REYNA

Petit-Thouars y Vorges en Lima

410

Revista del Instituto de Estudios Histórico-Marítimos del Perú
Lima, 1980



Almirante Abel Bergasse du Petit-Thouars

MNP/COST/593

MUSEO NAVAL DEL PERU
064
Biblioteca
Julio J. Elías Murga

Petit-Thouars y Vorges en Lima

(DOS FRANCESES AMIGOS DEL PERU: 1879-81)

Alberto Wagner de Reyna

A un siglo de distancia los acontecimientos aparecen más fácilmente en sus reales dimensiones y los motivos y circunstancias que los encuadran pueden apreciarse con objetividad más aleccionadora que el apasionamiento de la vivencia inmediata. No implica ello, en modo alguno, dimisión o mengua en la firmeza del propio punto de vista, ni abandono de la causa justa que se defiende, sino, intento de aproximarse a aquel ideal nunca alcanzado que es la expresión exacta de la realidad histórica.

Un instrumento eficaz para tal aproximación es el examen de los testimonios de observadores y comentaristas imparciales, que salen así de la penumbra en que los coloca su calidad de expectatores y se convierten en personajes de una escena constituída por reflejos. Y no es extraño que desde ella se entienda mejor el papel que les cupo en el proscenio de los acontecimientos mismos.

Tal ocurre con dos figuras francesas vinculadas a la guerra del Pacífico, y especialmente a la preservación de la ciudad de Lima al ser ocupada por las fuerzas chilenas, dos figuras que se complementan, pero de las cuales una se ha constituído en símbolo de amistad y generosidad y la otra ha caído en injusto olvido: El vicealmirante Abel Bergasse du Petit-Thouars y el ministro Eugene Domet de Vorges.

Quieren estas páginas —a base de documentos que obran en el Quai d'Orsay y en el castillo de Vincennes— presentar una imagen que recuerde cómo se vieron por ojos franceses los sucesos de 1879-81 y a la vez rendir un homenaje a estas dos personalidades de la marina y diplomacia galas, que manteniéndose en los límites que les imponía la neutralidad de su patria en la contienda, contribuyeron en forma decisiva a preservar la capital del Perú de una destrucción angustiosamente temida.

Dos gentileshombres franceses

Antes de entrar en el tema propuesto, permítasenos presentar a los dos altos personeros de Francia, a la vez testigos y actores en el drama de Lima.

Abel Bergasse du Petit-Thouars, vinculado a una ilustre familia de marinos, que habría de dar después de él varios oficiales eminentes a la armada francesa, nace en el castillo de Bourdeaux-les-Roches, cerca de Orléans, el 23 de marzo de 1832. Sobrino y ahijado del almirante Abel du Petit-Thouars (1793-1864), entra en 1847 a la escuela naval e inicia así una carrera que lo llevará a Constantinopla y al extremo oriente como comandante del **Dupleix** (1867); jefe de estado mayor de la flotilla del Rin, participa en la defensa de Estrasburgo durante la guerra franco-prusiana. Prisionero en Rastadt, da muestras de su temple y gallardía en la desgracia, así como de cristiana piedad. Una vez liberado, presta sus servicios en el ministerio en París y es ascendido a contralmirante en 1877. Nombrado jefe de la División Naval en el Pacífico, se halla ante la doble misión de vigilar y defender los intereses de Francia en los países implicados en la guerra del 79 y, al otro extremo del océano, de debelar las revueltas de canacas y tahitianos en Polinesia. Después de su actuación en Lima se le confía altas responsabilidades en el puerto de guerra de Tolón, y es ascendido a vicealmirante en 1883. Comanda la flota de evolución del Mediterráneo y muere en el ejercicio de sus funciones el 14 de mayo de 1890 (1). Sus restos reposan en el cementerio de Villiers (Loir-et-Cher), cerca de la mansión familiar del mismo nombre.

Edmundo-Carlos-Eugenio Domet de Vorges, descendiente de antigua familia con nobleza de toga y cuyo padre perteneció a la corte de Luis XVIII y Carlos X, nació en París el 4 de julio de 1829. El Conde de Bois-le-Comte, embajador en Berna, que era su tío, lo hace ingresar al Quai d'Orsay, apartándolo de una juvenil inclinación a la filosofía. Secretario de embajada en Copenhague, Lisboa y Río de Janeiro, desempeña la plenipotencia en Haití —donde durante una asonada salva la vida del presidente Domingue— y pasa después al Perú.

Termina su carrera, como ministro en El Cairo, en 1883.

Es curioso que a los 54 años Vorges comience una segunda etapa de su vida: Fiel a su inicial vocación nunca había abandonado la filosofía que cultivaba con dedicación paralelamente a sus actividades diplomáticas. En 1853 y 1877 obtiene sendas menciones de la Academia de Ciencias Morales y Políticas de Francia por eruditos trabajos, el uno sobre Santo Tomás de Aquino y el otro sobre metafísica. Ya libre de achaques administrativos se lanza Vorges de pleno a lo que considera la misión de su vida: la presentación y

(1) J. de la Faye, *Les du Petit-Thouars*, Paris, Blond & Barral, 1893.

defensa del tomismo como doctrina filosófica adaptada a la ciencia moderna. Una abundante producción de libros y artículos, cinco años de cátedra libre sobre el Aquinate en la Sorbona, enseñanza en el Instituto Católico de París lo convierten en precursor del renacimiento tomista, puesto en primer plano del interés de la Iglesia por la encíclica **Aeterni Patris** de León XIII en 1879 (2).

En recompensa de tales estudios y desvelos por la causa católica en Francia, es creado conde romano y —entre otros honores— elegido miembro de la Academia Santo Tomás de Aquino en la ciudad eterna. Muere en el seno de su familia en su castillo de Maussans (Haute-Loire), actualmente destruído, el 16 de agosto de 1910.

Curiosas coincidencias entre estos dos contemporáneos: familias de viejo arraigo; ingreso a las respectivas carreras gracias a la influencia de un tío materno en alta posición en ellas; dentro de situaciones brillantes, austeridad, desprendimiento y reconocida piedad; sentido del deber y lealtad. De ambos existen descendientes en Francia, depositarios de la versión familiar de la actuación meritoria que cupo a sus antepasados en el Perú.

El ambiente diplomático

Según Vorges, los agentes diplomáticos europeos acreditados en Lima muestran, en general, preferencia por Chile en la contienda del Pacífico y ello por varias razones: los procedimientos irregulares de Bolivia que determinaron la guerra; el hecho de ser Chile un país de gente trabajadora, organizado, que pagaba sus deudas, virtud esta última que aprecia particularmente el británico. En cambio los americanos —quizá con excepción del brasileño— aparecen hostiles a ese país, que consideran ambicioso y expansionista (3). La expulsión de todos los residentes chilenos de Bolivia y el secuestro de sus bienes merece especial reprobación (4).

La declaratoria de guerra al Perú no causó a nadie sorpresa en Lima: era esperada. En las manifestaciones patrióticas que en esa ocasión se produjeron, a diferencia de lo que ocurrió en Chile, la legación y el consulado del enemigo fueron respetados. Los extranjeros avecindados en la capital tomaron parte en ellas, "un poco demasiado" para el gusto del diplomático francés, quien explica: "Su afecto al Perú hace sin duda honor a las calidades simpáticas del pueblo peruano, pero me parece, que no debe manifestarse por actos que tienen por objeto directo concurrir a la lucha. Hago lo posible para hacer prevalecer estas ideas en la colonia francesa. La colonia

(2) R. Jacquin, *Deux promoteurs inattendus de la philosophie de S. Thomas d'Aquin*, Divinitas, organe de l'Academie Pontificale Théologique Romaine september 1974, págs. 357 et ss., Cité du Vatican.
(3) Vorges al Ministro de Relaciones Exteriores de Francia, Lima, 25 de marzo de 1879.
(4) Ibid.

ecuatoriana se ha distinguido sobre todo por su adhesión entusiasta a la causa peruana y el ministro del Ecuador, señor Riofrío, ha pronunciado un discurso que podría tomarse por acto de hostilidad si fuera aprobado por su gobierno" (5), actitud sorprendente en el personero de un país tradicionalmente vinculado a Chile.

La correspondencia de Vorges nos permite echar una mirada detrás de los bastidores diplomáticos: "El señor Godoy (6) al partir ha dejado sus archivos al ministro de Inglaterra. Este no disimula quizá suficientemente su parcialidad por Chile y su deseo de sacar partido de las circunstancias para los intereses de su gobierno. Me decía el otro día, como bromeando, que había pedido al ministro de Chile abandonar Mejillones, al sur de Cobija, a los ingleses. Respondile que era necesario que los chilenos poseyeran ese puerto legítimamente antes de pensar en disponer de él. Creo que son los ingleses que el señor Irigoyen (7) designaba en su nota, al hablar de una nación poderosa pero circunspecta que Chile había querido empujar contra el Perú. El señor Saint-John (8) se defiende de ello vivamente. Esto no impide que el señor Saint-John, como buen inglés, se ocupe con mucha actividad y dureza en la defensa de los muchos intereses de sus nacionales. En esto se encuentra de acuerdo con el gobierno peruano. No hay aquí casi ninguna empresa grande en la cual los ingleses no tengan metida la mano, el telégrafo, los ferrocarriles, los salitres, los guanos. Todo esto está o debe pasar a manos inglesas, todo ello es señalado a los chilenos como propiedades inglesas a las cuales no se puede tocar" (9).

Esta última frase nos llama a reflexión. ¿Cómo es posible que apenas declarada la guerra se pensara en lo que el enemigo "no podía tocar"? ¿Es posible que la eventualidad de la derrota ya estuviera en la mente del propio gobierno peruano?

Caso eminente de identificación de un extranjero con el Perú fue la actitud de Pradier-Foderé. Cede él un trimestre de sus haberes como decano de la Facultad de Ciencias Políticas y Administrativas que fundara en la Universidad de San Marcos, una suma equivalente a 5,000 soles; y su hijo Camilo hace lo propio con sus haberes de empleado de la Dirección de Estadísticas. Se trata de cinco sueldos que se le adeudaban a los que añade los que devenguen hasta el término de la guerra, cuya esperanza de cobro abandonaba así con risueña elegancia. Vorges considera que estos gestos podrían perjudicar a la neutralidad francesa y así lo expresa en ocasional encuentro callejero al ilustre jurista. Este, que pensaba lo contrario, pues se trataba de

(5) Vorges al Ministro de Relaciones Exteriores de Francia, Lima, 8 de abril de 1879.
(6) Joaquín Godoy, ministro de Chile en el Perú.
(7) Manuel Irigoyen, Ministro de Relaciones Exteriores del Perú.
(8) Ministro de S.M. Británica en el Perú.
(9) Vorges al Ministro de Relaciones Exteriores de Francia, Lima, 3 de marzo de 1879.

una donación particular y no quería dejar de solidarizarse con sus colegas universitarios, se queja a su gobierno, que le da la razón y recomienda a su ministro en Lima buena armonía con el profesor. La divergencia entre ambos llegó hasta los diarios e imaginamos la comidilla a que habrá dado lugar el incidente en los salones limeños (10).

La actitud de los Estados Unidos de América parece sospechosa: de un lado la misión de Mr. Pettis, ministro de la Unión en La Paz, más que buscar un armisticio tiene traza de querer sembrar la desconfianza entre peruanos y bolivianos. Según informaciones —cuya autenticidad no puede garantizar Vorges— aquél habría "ofrecido al Presidente de Bolivia cinco millones de soles por el abandono de Antofagasta, y Daza se habría mostrado muy dispuesto a aceptar. Pero el general Prado no se habría querido prestar a este arreglo sino a condición de que hasta el acuerdo definitivo sobre cuestiones de detalle, la costa boliviana, menos la ciudad de Antofagasta, fuese ocupada a la vez por bolivianos y peruanos. Esta reserva sería muy natural si es verdad, como se ha dicho, que el Perú esperaba encontrar con un agrandamiento por este lado una compensación de sus gastos. Pero ello habría sido rechazado por los chilenos, que no querían admitir la ocupación boliviana. Parece probable que debajo de esta negociación exista otra por la cual se ofrezca al general Daza el puerto de Arica y la alianza con Chile. El general Daza, habría rechazado y comunicado el secreto de las proposiciones que se le habían sido hechas por un **hombre distinguido.** Pero este rechazo no parece agradar al ejército boliviano. Ha habido murmuraciones, expresiones de descontento, acrecentadas por maniobras secretas, y de las cuales no conocemos exactamente el alcance en Lima. Todo lo que yo he podido comprobar es que en los círculos de gobierno se disimulaba mal una cierta inquietud y que se trata de aumentar las tropas reunidas en el sur del Perú. No sé si la fidelidad del general Daza seguirá inconmovible y si la nación lo seguirá en su fidelidad, pero sí sé que si fuera de otro modo no habría lugar a asombrarse, dado el carácter y estado social de los bolivianos" (11).

El combate de Angamos, que puso fin a la guerra naval, y la retirada de Daza que dio cuerpo a las desconfianzas en el gobierno peruano, hacen pensar a los observadores extranjeros que la balanza se inclina a favor de Chile, y que ha llegado el momento de buscar la paz. El territorio peruano está aún intacto y el gobierno de Lima no quiere oir hablar de ello. Químper, el ministro de hacienda, que al comienzo parecía más razonable, se ha alineado con su colega de guerra, el general La Cotera, que se niega aceptar estos "sabios consejos". En ese momento —octubre de 1879— las condicio-

(10) Waddington, Ministro de Relaciones Exteriores de Francia a Vorges, Paris, 28 de junio de 1879 y oficio de éste a aquel, Lima, 12 de octubre de 1879.

(11) Vorges al Ministro de Relaciones Exteriores de Francia, Lima, 23 de setiembre de 1879.

nes de paz de Chile serían: Extensión de su territorio hasta el Loa y ocupación de Tarapacá hasta el pago de una indemnización de 100 millones de francos (40 millones de soles); pero estas condiciones tienden a hacerse más severas pues parece que es intención de Chile conservar Tarapacá y entregar Tacna y Arica a Bolivia para separarla definitivamente del Perú (12).

El cuadro recibe en los próximos meses algunos retoques, sobre todo después del retiro del ejército peruano de Tarapacá, de suerte que en enero de 1880 pinta Vorges así la situación:

"La guerra razonable y política ha terminado. Los chilenos provocados por una violación de tratados por los bolivianos han podido, pese al apoyo prestado a éstos por los peruanos, conquistar el territorio en litigio y extenderse bastante más allá. En mi opinión no tienen ellos interés en acrecentar sus conquistas y aún me parece, de acuerdo con mi colega de Santiago (13), que ellos no pueden conservar todo lo que han tomado sin hacerse una situación muy difícil de defender y mantener una causa de agitación en América del Sur. Se les atribuye la intención de conquistar Arica y dársela a los bolivianos para crear una barrera entre ellos y los peruanos. Pero no está demostrado que los bolivianos, que es cierto tienen la mirada puesta en Arica, quieran aceptarla en estas condiciones que los pondrían a merced de los chilenos. Fuera de ello, tal complicidad inquietaría a todas las repúblicas españolas de la América del Sur, en especial a la Argentina.

La operación de la conquista de Arica es por lo demás bastante difícil, aunque los chilenos parecen dispuestos a intentarla. Un ataque contra Lima es aún más difícil. No queda a los chilenos sino ensayar operaciones costosas y cuyo resultado es incierto".

Y añade: "Creo que en los dos países los hombres de Estado encaran la situación como yo lo hago aquí. Pero ninguno quiere hablar de paz, por temor de la opinión pública. El señor Piérola (14) arriesgaría con ello el poder apenas obtenido y los jefes del gabinete chileno sus posibilidades en las próximas elecciones" (15).

Al lado de estas consideraciones sobre la situación bélica y diplomática, el ministro francés precisa la posición de su país en este contexto y afirma: "El resultado de esta guerra, si se prolonga, será destruir todo el comercio en estas comarcas, comercio en el cual Francia tiene una parte muy importante. En fin, no me parece de nuestro interés dejar caer al Perú en la categoría de los Estados de último orden, como ello podría resultar de derrotas acumuladas. Aunque se le pueda reprochar muchas cosas, sobre todo en

(12) Vorges al Ministro de Relaciones Exteriores de Francia, Lima, 14 de octubre de 1879.
(13) El barón d'Avril, Ministro de Francia en Chile.
(14) Nicolás de Piérola, Jefe Supremo de la República desde el 23 de diciembre de 1879.
(15) Vorges al Ministro de Relaciones Exteriores de Francia, Lima, 21 de enero de 1880.

su conducta frente a los tenedores de bonos, es indudable que es el centro de nuestra influencia intelectual y comercial en estos parajes. Es aquí donde encontramos las mayores simpatías, es aquí que nuestras ideas son lo mejor acogidas. En Chile, por lo contrario, dominan las ideas inglesas, y aunque sea una antigualla el creer que la influencia inglesa es en detrimento de la nuestra, no es menos cierto que en estas regiones ella no pueda extenderse sino a expensas de la nuestra. Me parece pues de nuestro interés trabajar por detener la guerra, pero la parte que yo pueda tomar en este trabajo es necesariamente muy limitada si no puedo apoyarme en órdenes de mi gobierno".

De acuerdo con estas ideas, Vorges esboza un plan de acción que toma en cuenta los intereses de las diversas potencias presentes en el Pacífico: "No está en mi pensamiento que el gobierno de la República (francesa) deba tomar él solo la iniciativa de una mediación frente a aquella que Inglaterra está siempre lista a ofrecer. Al contrario, me parece necesario entenderse con Inglaterra, cuya intervención tendrá siempre más peso que la nuestra sobre las resoluciones de Chile. Pero, si V. E. me lo permite, yo expresaría la opinión que los Estados Unidos deben ser comprendidos en este entendimiento.

No se me oculta que los ingleses preferirían que los Estados Unidos quedaran fuera, pero es probable que éstos se sintieran heridos profundamente si una acción seria se ejerciera en estas comarcas sin su concurso. ¿Quizá la combatirían secretamente? Fuera de ello, pueden ayudarnos útilmente a llegar a un resultado satisfactorio porque ellos están en cierto modo en la misma situación que nosotros y que simpatizantes con el Perú, ellos compensarían la inclinación contraria de Inglaterra por Chile.

Creo que una mediación o arbitraje ofrecido por las tres potencias en conjunto tiene posibilidades de ser aceptado sobre todo cuando el poder del señor Piérola esté más consolidado —si es que dura— y cuando la cuestión de las elecciones quede arreglada en Santiago. Tendría en todo caso, más posibilidades de buen éxito que la mediación aislada de Inglaterra, que importa poco en Lima.

Lo difícil será ponerse de acuerdo sobre las condiciones que han de prevalecer. Ellas dependerán evidentemente de la situación de los beligerantes en el momento de la mediación. En el actual creo bien difícil reducir a los chilenos a Antofagasta, como yo lo habría deseado; pero me parece que si se les acuerda Antofagasta y Mejillones más 100 millones de francos de indemnización —mi colega de Santiago me escribe últimamente que en realidad no han gastado más de 12 millones de pesos (aproximadamente 60 millones de francos)— no tendrían el derecho de estar descontentos. Los 100 millones podrían ser impuestos mitad y mitad a Bolivia y al Perú. Como prenda Bolivia abandonaría su litoral, hasta el perfeccionamiento del pago, es decir, indefinidamente. En cuanto al Perú, quisiera evitarle la ocupación de

Tarapacá, y me pregunto si no se pudiera dar a Chile las garantías necesarias por una combinación en que los salitres constituyeran la base. Pero no debo disimular que aquí mi colega inglés me será contrario. El señor Saint-John no oculta que juzga desde ahora inevitable la ocupación de Tarapacá, y fuera de su simpatía por los chilenos, da para ello una razón bastante plausible, y es que con el gobierno chileno será más fácil llegar a un acuerdo que garantice los intereses de los bonos o certificados del salitre. Para mí, me pregunto si no habría otro modo de satisfacer este interés, si el Perú, por ejemplo, no podría ser llevado —por una presión seria— a las concesiones que se espera de Chile. Temo que una ocupación chilena se convierta en perpetua. Creo también que si uno no quiere exponerse a una revolución en Lima, es necesario que el gobierno conserve el prestigio de haber salvado la integridad del territorio, y que nuestra influencia ganaría por haberlo ayudado en esto.

La paz hecha sobre las bases que me permito exponer me parece que satisfaría la ambición razonable de Chile. Hasta ahora los hombres serios de Santiago no han pedido sino la línea del Loa y la ocupación provisional de Tarapacá. Sobre la indemnización tienen pretensiones totalmente ridículas, propias de gente que quiere explotar la situación para enriquecerse. El Perú, por su lado, sufriría el mínimo de los sacrificios posibles. Sólo Bolivia sería sacrificada, pero ella ha sido la causa de la guerra y es ella que en justicia debe cargar el mayor peso de las consecuencias" (16).

La lectura de este documento dirige nuestra atención a diversas realidades: La constelación de intereses franceses, ingleses y norteamericanos en la guerra; la relación privilegiada entre Francia y el Perú; la simpatía del ministro Vorges por este país que lo lleva a sugerir veladamente una garantía del suyo (es cierto que a base del salitre) para evitarle la ocupación; el convencimiento general de que la guerra estaba perdida; el ilusorio aferrarse a condiciones cuya vigencia ya no era evidente y, finalmente, la sospecha de que pese a las dificultades estratégicas los chilenos tratarían de ir adelante para obtener el máximo beneficio de la guerra.

La toma de Arica, el 7 de junio de 1880, lleva a Vorges a la convicción de que lo único cuerdo que puede hacer el Perú es negociar: Muy probablemente la continuación de la guerra le acarreará una serie de derrotas y de sufrimientos para sus poblaciones, en especial para Lima (17).

Esta situación es comprendida por la "gente seria" que trata el ministro francés. En consecuencia se reúne el Cuerpo Diplomático el 14 de junio para ofrecer al presidente Piérola sus buenos oficios en el caso que éste juzgue útil negociar. La respuesta a los dos comisionados que visitan al Jefe

(16) Ibid.
(17) Vorges al Ministro de Relaciones Exteriores de Francia, Lima, 14 de junio de 1880.

Supremo es una terminante negativa: No deseaba que ellos provocaran la presentación de proposiciones chilenas. Comenta Vorges "que el dictador no entiende como propuesta aceptable sino aquella que no toque el territorio nacional" (18). Y añade: "Podíamos prever un poco este resultado de la gestión, pues corría el rumor que el sábado pasado hubo en palacio un consejo de ministros, en que todos opinaron por la paz, excepto el propio señor Piérola. Creíamos sin embargo, deberla hacer porque la paz es muy evidentemente del interés de este país. Por lo demás, aunque fue hecha confidencialmente, no dejó de hablarse de ella, y dará así fuerza a la corriente que llevará a la conciliación. Hace tres semanas tal gestión del cuerpo diplomático habría sido objeto de vivos ataques de la opinión pública; hoy por el contrario, ella será apreciada por muchos".

La situación parece así clara: Los observadores neutrales y buen número de "gente seria" peruana veían la derrota inminente y juzgaba que la negociación de paz era lo más conveniente; sólo Piérola y un grupo recalcitrante abrigaba la ilusión de reconquistar lo perdido. El Jefe Supremo pensaba en un "plan grandioso, consistente en ir por las sierras a lomo de mula y venciendo mil dificultades, caer sobre Atacama". Y comenta Vorges: "Si ha previsto todo y tiene buen éxito en tal empresa será un genio; y si fracasa ¿qué será sino un visionario que habrá acabado de llevar su país a la pérdida?

Fuerzas beligerantes y hechos de armas

El ministro francés al comienzo de la guerra envía a su gobierno un cuadro sinóptico de las fuerzas navales de los beligerantes, que no coincide exactamente con el que presenta James Wilson King, (al que hace referencia Jorge Basadre en su **Historia de la República del Perú**) y que muestra una "inferioridad material notoria por parte del Perú". El cuadro aparece en fotocopia en estas páginas (19).

A esta inferioridad naval corresponde, según Vorges, también una de población que especifica así: En el Perú 2.719.00 habitantes se reparten en 381.000 blancos, 686.000 mestizos, 52,000 negros, 1.600.000 indios. (Y comenta: "La población blanca —la única que tiene alguna instrucción— es poco numerosa. Los mestizos son apáticos y la mayoría carece de conocimientos; los indios viven en el interior y prestan poco interés a la situación del país. Si se les engancha de viva fuerza, sufren su suerte con resignación, pelean con coraje pasivo pero no tienen iniciativa ni empuje"). "La población de Chile, por lo contrario está en gran parte compuesta por gente de raza blanca; no se cuenta allí más de 50.000 indios. Esta población se eleva a 2.136.000

(18) Ibid.
(19) Anexo al of. de Vorges al Ministro de Relaciones Exteriores de Francia, Lima 8 de abril de 1879.

habitantes; 900.000 (cerca de la mitad) tiene alguna instrucción elemental y saben por lo menos leer. Si se añade a esto que esta raza formada en un clima más frío es más enérgica, a menudo —es verdad— brutal y que la organización de Chile es en todos los aspectos superior a la del Perú, se tiene el secreto de la superioridad que la nación chilena ha mostrado hasta ahora en la guerra del Pacífico, y es inevitable temer que la resistencia prolongada de los peruanos no tenga por resultado sino agravar la caída de su país" (20).

Sobre el estado de las fuerzas peruanas pocos días antes del desembarco de los chilenos al sur de Lima, dice el ministro francés a su cancillería: "Ayer aniversario de la batalla de Ayacucho, se realizó la bendición del fuerte San Cristóbal y una gran revista militar. Se evaluaría las tropas presentes en 15 a 18 mil hombres del ejército activo y 6 mil hombres de reserva. Pero hay que anotar que algunos batallones estaban sin armas y que para armar otros hubo de tomarse fusiles de los "Zeladores" que hacen la policía en las calles" (21).

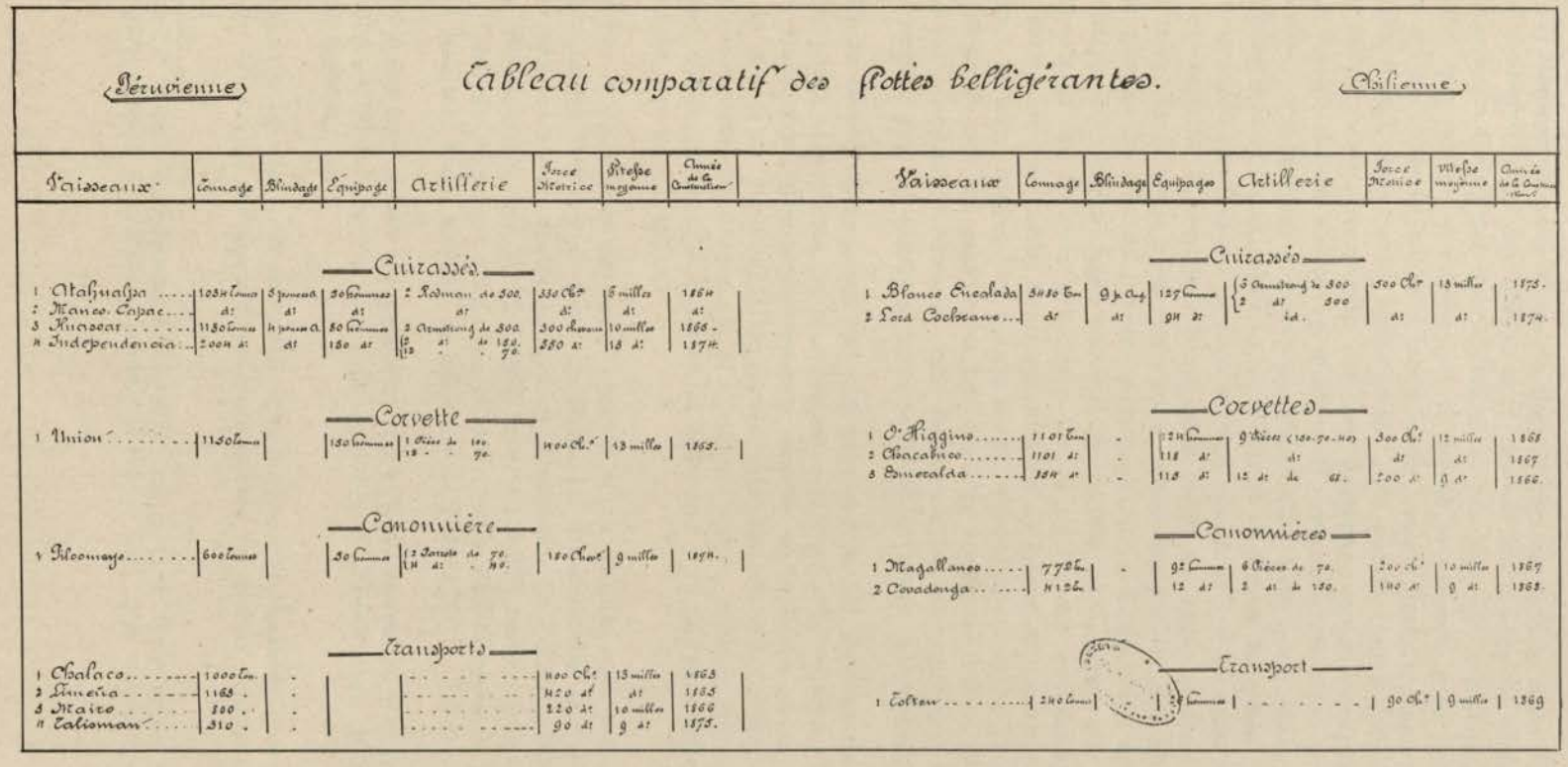
Los principales hechos de armas hasta la toma de Lima son juzgados y relatados por el agente francés a su gobierno con ponderación. Veamos algunos comenzando por la actuación de Miguel Grau:

"El **Huáscar** ha logrado un verdadero éxito. De concierto con la **Unión** se dirigió a la costa de Chile y ha podido capturar, aparte varios buques de vela, al **Rímac,** uno de los mejores transportes de la flota chilena que conducía a Antofagasta un escuadrón de 250 hombres y 215 caballos. La flota chilena colocada delante de Iquique no hizo nada para impedir la partida del **Huáscar,** que volvió con su presa a Arica. El comandante Grau, con medios débiles y malas tripulaciones, ha logrado hacer más daño a los chilenos que el que éstos han jamás podido hacer al Perú, salvo con el bárbaro medio de los bombardeos. Acaba de ser ascendido a la dignidad de contralmirante. La insuficiencia del almirante chileno Williams Rebolledo comienza, por lo demás, a ser comprendida en Chile donde es vivamente atacado por la prensa. Acontece —como lo he dicho en anterior despacho— que los oficiales peruanos han sido capaces y los oficiales chilenos insuficientes" (22).

"El comandante Grau ha marcado con un nuevo éxito su nombramiento de contralmirante. Ha entrado en la bahía de Antofagasta a bordo del **Huáscar** y se ha batido con los fuertes y dos navíos chilenos que se encontraban en el puerto" (23).

---

(20) Vorges al Ministro de Relaciones Exteriores de Francia, Lima, 31 de julio de 1880.
(21) Vorges al Ministro de Relaciones Exteriores de Francia, Lima, 10 de diciembre de 1880.
(22) Vorges al Ministro de Relaciones Exteriores de Francia, Lima, 5 de agosto de 1879.
(23) Vorges al Ministro de Relaciones Exteriores de Francia, Lima, 9 de setiembre de 1879.



Cuadro sinóptico de las fuerzas navales beligerantes (Vorges)

"El **Huáscar** de acuerdo con la **Unión** había seguido la costa hasta Coquimbo, visitando todas las bahías para destruir los medios de embarque y hacer presas. En Coquimbo, encontrándose su provisión de carbón muy avanzada, tuvo que pensar en regresar. A su vuelta se presentó ante Antofagasta, pero no encontrando ninguna buena presa, volvió hacia el norte. No hacía mucho tiempo que había abandonado este puerto cuando advirtió una división naval chilena, compuesta del **Lord Cochrane,** comandado por el capitán La Torre y varios navíos de madera. El contralmirante Grau previno a la **Unión** mediante señales y ambos se pusieron en fuga hacia alta mar. Pero pronto se presentó una segunda división con el **Blanco Encalada** a la cabeza, comandada por Riveros. La fuga se hizo imposible y el **Huáscar** hubo de aceptar el combate. El almirante Grau, para evitar ser rodeado, llevó su nave muy cerca de la costa y no tardó en ser asediado por los dos blindados, mientras que los buques de madera perseguían a la **Unión.** Esta, gracias a la rapidez de su marcha, logró escapar. En cuanto al **Huáscar,** que no podía oponer sino dos cañones grandes a los 12 de los dos acorazados chilenos, su suerte era inevitable. Grau aguantó varias horas con una rara energía, pero una bala destruyó el puesto desde el cual comandaba la defensa y fue aplastado por los escombros. Los oficiales superiores han sido uno a uno muertos o heridos. Finalmente toda resistencia resultó impotente. Los chilenos se apoderaron del buque y han conducido su trofeo a Antofagasta.

Hasta ahora no sabemos todavía exactamente los detalles de la encarnizada lucha. Ignoramos particularmente el número de muertos. La pérdida del **Huáscar** ha sido profundamente sentida en Lima. En efecto ha terminado la guerra marítima" (24). Un detalle final curioso: A las solemnes exequias del almirante Grau concurre el ministro francés a título privado. Por ello no va a palacio, lo que sí hacen el boliviano y el norteamericano, sino directamente a la iglesia (25).

Sobre Arica escribe Vorges: "Tenemos ahora detalles más precisos sobre la batalla de Tacna y la toma de Arica. La carnicería ha sido espantosa. Estas son las cifras dadas como más probables: En Tacna sobre 9.600 hombres, los peruanos han tenido 1.500 muertos, 1.800 heridos y 1.600 prisioneros. Total de pérdidas: 4.900. Los chilenos sobre 14.000 hombres han tenido 600 muertos, 1.400 heridos, es decir un total de 2.000.

En Arica han tenido los peruanos sobre 1.800 hombres, 900 muertos, 200 heridos y 700 prisioneros. Los chilenos sobre 6.000 hombres, 100 muertos y 300 heridos.

Tengo a la vista una carta del comandante del **Hussard,** al ancla en la rada de Arica, que atestigua el encarnizamiento de ambas partes. Los sol-

(24) Vorges al Ministro de Relaciones Exteriores de Francia, Lima, 14 de octubre de 1879.
(25) Vorges al Ministro de Relaciones Exteriores de Francia, Lima, 8 de noviembre de 1879.

dados chilenos rehusaban dar cuartel y acababan a los heridos. Han pillado completamente la ciudad" (26). Y termina expresando un deseo: Que sería conveniente que la prensa europea censurara el proceder de los chilenos.

Los gobernantes peruanos

El ministro francés juzga en general muy severamente a los gobernantes peruanos de aquella época, y dentro de su simpatía por el país, la correspondencia de Vorges muestra su preocupación por el modo en que es conducido el Estado en tan graves emergencias. Veamos los párrafos más característicos:

Producida la mediación peruana en el conflicto boliviano-chileno y descartada una intervención amistosa —por ser considerada inútil— de los diplomáticos europeos (en que insistía el ministro italiano Viviani), dice Vorges a su gobierno refiriéndose al general Prado: "La conducta del presidente en estas circunstancias difíciles deja mucho que desear. Yo comprendo que no juzgue conveniente comprometer al Perú en esta guerra, pero me ha parecido ir más allá de la medida al decir explícitamente al ministro de Chile, que no ha dejado de repetirlo, que no haría jamás por iniciativa propia una declaración de guerra. Fuera de eso, so pretexto de no hacer un paso hacia adelante, se sustrae a las medidas más esenciales para prepararse a toda eventualidad. Así se le ha solicitado hasta ahora sin resultado que designe los comandantes de los buques a fin que puedan instalarse para tener tiempo de formar las tripulaciones completamente nuevas que tendrán que mandar" (27).

Poco después comenta irónicamente: "El señor Piérola, desde hace algún tiempo en Chile, aprovecha de la confusión actual para volver al Perú. Ha telegrafiado al presidente que venía a ponerse a su disposición. Como no es marino ni militar, no veo bien cómo podrían ser útiles sus servicios" (28).

¡Es decir que nadie había sugerido al ministro francés la posibilidad de que se confiara a Piérola una cartera ministerial!

La partida del Jefe del Estado al exterior motiva el siguiente oficio: "La ciudad de Lima ha sido teatro, en los últimos ocho días, de los más asombrosos acontecimientos. El jueves pasado, a las seis de la tarde, corrió de repente el rumor que el presidente Prado había abandonado el país, a bordo de un vapor (29) para dirigirse a Panamá. El hecho resultó ser cierto e inquiriendo sobre las circunstancias de acto tan extraño, supe que en efec-

(26) Vorges al Ministro de Relaciones Exteriores de Francia, Lima, 21 de junio de 1880.
(27) Vorges al Ministro de Relaciones Exteriores de Francia, Lima, 25 de marzo de 1879.
(28) Vorges al Ministro de Relaciones Exteriores de Francia, Lima, 8 de abril de 1879.
(29) El *Paita*.

to había partido de Lima en el tren de las tres de la tarde y había subido al paquebote con nombre supuesto en el momentto de hacerse éste a la vela. Lo que puede ser más extraño es que el ministerio había conocido y aceptado esta decisión. En efecto el presidente partió en el mayor secreto pero no como fugitivo. El ministro de guerra lo acompañó a bordo en una chalupa del gobierno".

"El señor Prado ha dejado al partir una proclama en que decía que su salida del territorio era indispensable para procurar a la república los pertrechos de guerra que necesita. Nadie ha tomado en serio esta declaración, todo el mundo está convencido que el presidente se ha ido para poner su persona al abrigo de las iras levantadas contra él por los desastres de la guerra y que el ministerio —que no lo quiere— lo ha dejado partir para deshacerse de él. La señora Prado ha quedado en Lima con sus hijos. La partida del presidente ha dado origen a acontecimientos muy graves.

El vicepresidente La Puerta tomó de inmediato el poder conservando el mismo ministerio, pero todo el mundo esperaba que el Presidente del Consejo La Cotera buscara arrogarse la dictadura. Parece que en efecto tentó algún movimiento de este género en la tarde del jueves, cuando quiso arengar al populacho sobreexcitado por la fuga del señor Prado. Si tuvo este pensamiento las pifias del pueblo le mostraron que no era el hombre de las masas. Este hombre no tardaría en presentarse: Era Nicolás de Piérola.

El partido pierolista es poco numeroso en la sociedad de Lima, pero está bien dirigido y se apoya en las simpatías del pueblo, del clero y la pequeña burguesía. Apenas producida la partida del presidente, el señor Piérola resolvió aprovechar la ocasión de realizar el plan que abrigaba desde hace tiempo: Hacerse nombrar dictador".

Después de relatar la sublevación de Arguedas nos cuenta Vorges: "A la mañana siguiente se supo que el señor Piérola se había dirigido al Callao con las fuerzas que seguían su partido. Allí se apoderó, casi sin lucha, del arsenal, la ciudadela y la aduana y de todos los recursos del gobierno. Las tropas en guarnición en el Callao lo acogieron o se declararon neutrales. Este acontecimiento colocó en situación difícil al general La Cotera. Quiso marchar contra el Callao, pero sus oficiales le declararon que no tirarían contra sus hermanos. El señor La Cotera se resignó a esta situación con más calma de lo que yo hubiera esperado de su carácter violento. El obispo del Cuzco, señor Tordoya, se ofreció para conciliar ambos partidos pero parece que su mediación produjo poco resultado.

El señor Piérola, en efecto, no quería comprometerse con nadie, sino tomar el poder sin condiciones. Se quedó pues en el Callao esperando que le rogaran entrar a Lima. Ayer martes se extendió un acta en nombre de la municipalidad confiriendo el soberano poder al señor Piérola y en la tarde este personaje hizo su entrada triunfal en la ciudad.

La revolución ha terminado pues en Lima; falta saber cómo será acogida por el ejército del sur y el señor Montero, su jefe.

El señor Piérola tiene incontestablemente más talentos personales que el general Prado. Ha contraído, sin embargo, muy grandes compromisos con el país, al aceptar esta situación. Es hombre de vastos proyectos, pero su preferencia por las vías irregulares no tranquiliza completamente sobre la solidez de su juicio. Hubiese podido gobernar constitucionalmente la república, y ha preferido el golpe de fuerza. Se dice que quiere cambiar la Constitución. ¿Cambiará las costumbres, cosa más importante?

Y viene ahora un juicio doloroso que hace pensar en González Prada: "El Perú sucumbe bajo una desmoralización casi sin ejemplo; no se encontrará quizá otro país donde las clases gobernantes sean tan egoístas y tan venales. La justicia y la administración no son sino la explotación en grande del país. Cada funcionario explota su puesto y los banqueros explotan al Estado. ¿El señor Piérola podrá reaccionar contra tales tendencias y no será obligado a soportarlas para conservar sus partidarios?" (30).

Sin pronunciarse explícitamente sobre Piérola —francófilo notorio—, toda la correspondencia de Vorges respira desconfianza contra su capacidad, y con cierta sonrisa que a un siglo de distancia se percibe, suele llamarlo "el personaje" en sus despachos. Así nos informa que después del retiro de Piérola a la sierra éste "pretende guardar el título del poder supremo y se preocuparía muy poco de cumplir esas funciones" (31).

Algunos meses antes había trasmitido a su gobierno esta reflexión: "Yo no pienso que el gobierno actual esencialmente católico quiera introducir en el Perú los mormones, pero ¿qué podría extrañar de parte del espíritu aventurado del señor Piérola?" (32).

Frente a esta discreción diplomática destaca la franqueza del almirante du Petit-Thouars, pocos días antes de la toma de Lima: "**Piérola** es **todo** aquí y no tiene más experiencia como militar que como administrador o financista; es pues de temerse que no sabrá sacar partido de la defensiva en su propio territorio" (33).

Proclamado el gobierno de la Magdalena, da Vorges un juicio global: "El señor García Calderón es un hombre distinguido y uno de los más hábiles financistas de este país, pero su personalidad no se impone suficientemente en la opinión para luchar contra la del señor Piérola, siempre popular pese a las groseras faltas de su administración" (34).

---

(30) Vorges al Ministro de Relaciones Exteriores de Francia, Lima, 24 de diciembre de 1879.
(31) Vorges al Ministro de Relaciones Exteriores de Francia, Lima, 3 de febrero de 1881.
(32) Vorges al Ministro de Relaciones Exteriores de Francia, Lima, 21 de junio de 1880.
(33) Petit-Thouars al Ministro de Marina de Francia, Ancón, 11 de enero de 1881.
(34) Vorges al Ministro de Relaciones Exteriores de Francia, Lima, 25 de febrero de 1881.

Los extranjeros: intereses, diplomáticos, escuadras

Los extranjeros estaban representados en el drama del asedio y toma de Lima por tres elementos, íntimamente vinculados entre sí, y que —como veremos— no fueron simples espectadores de lo que ocurrió en aquellos días sino que participaron, como factores concomitantes, en su desenlace: De un lado los residentes, integrados en las diferentes "colonias", que comportaban intereses materiales cuantiosos, y constituían dentro de la situación y estructuras propias de aquella época las bases de la dinámica económica del país. De otro lado, los diplomáticos, agentes de países amigos y neutrales, fueran ellos potencias de significación mundial o naciones vecinas y hermanas. Finalmente las escuadras, enviadas por aquellas para resguardar los intereses de sus súbditos o ciudadanos y afirmar la presencia de su poder en alejado y marginal pero candente conflicto.

Consideremos, brevemente, cada uno de estos personajes —colectivos o individuales— en la escena del Pacífico. En primer plano económico se encontraban los ingleses. Como hemos señalado ya, no había casi ninguna empresa de importancia en que no tuvieran ingerencia: el telégrafo, el ferrocarril, los salitres, el guano. . . (35).

Especialmente en el Callao los intereses extranjeros eran cuantiosos de suerte que el almirante du Petit-Thouars pudo decir: "Los neutrales poseen la mayor parte de los inmuebles y mercaderías que se encuentran actualmente en el Callao" (36). En cuanto a las personas, había en Lima 15 mil extranjeros (37), lo que constituía la quinta parte de la población de la ciudad, quinta parte a la que —según el ministro francés— pertenecía la mitad de las propiedades en ella (38).

Aunque la colonia más numerosa era la italiana, los franceses residentes sumaban más de 3 mil almas y poseían en conjunto bienes cuyo valor excedía los 125 millones de francos.

Estas cifras descarnadas definen el grado de interés material de las grandes potencias así como su responsabilidad social y política ante las consecuencias de la guerra.

Al estallar ésta, o en los primeros meses de la misma, se retiran por diversas razones cuatro jefes de misión acreditados en Lima: Joaquín Godoy, plenipotenciario chileno, sobre cuya actuación antes de la guerra y durante ella, habría mucho que decir; el ministro boliviano Zoilo Flores; el de Portu-

(35) Of. de Vorges, ya citado, de 8 de abril de 1879.
(36) Nota de Petit-Thouars al Almirante Riveros, Jefe de la Escuadra Chilena, Callao, 12 de abril de 1880.
(37) Vorges al Ministro de Relaciones Exteriores de Francia, Lima, 30 de abril de 1880.
(38) Vorges al barón d'Avril, Ministro de Francia en Chile, Lima, 28 de junio de 1880.

gal, señor de San Jannuario; y el del Ecuador, señor Riofrío. De este modo al comenzar los momentos cruciales el cuerpo diplomático se hallaba constituído —según la precedencia de sus jefes de misión— de la siguiente manera:

Ministro de El Salvador (Tezanos Pinto), decano.
Ministro de la República Argentina (Uriburu).
Ministro de Francia (de Vorges).
Ministro de los Estados Unidos de América (Christiancy).
Ministro de Inglaterra (Saint-John).
Ministro de Alemania (v. Gramatzki).
Encargado de Negocios de Italia (Viviani) (39).
Encargado de Negocios del Brasil (de Mello) (40).

En octubre de 1878 designaba el ministro de marina de Francia al contralmirante Abel Bergasse du Petit-Thouars comandante en jefe de la División Naval de su país en el Pacífico, flotilla que a la sazón se componía de cuatro naves: La **Victorieuse**, buque insignia (comandada por el capitán de navío Wyts), el **Decrès** (capitán de navío Chevalier), el **Chasseur** (capitán de fragata Fleuriais) y el **Hugon** (capitán de fragata Galache). En la primera de las citadas se dirige el almirante primero hacia Nueva Caledonia y las Hébridas, y llega después a Valparaíso en junio de 1879, "donde es saludado como una aparición providencial por los residentes franceses de América Latina cuyos intereses y aún la vida estaban en gran peligro a consecuencia de la guerra que acababa de estallar entre Chile, Perú y Bolivia" (41).

El 30 de agosto arriba al Callao, y Vorges lo acompaña a visitar al ministro de relaciones exteriores Irigoyen y, al general La Puerta, encargado de la Presidencia de la República por ausencia del general Prado, que se encontraba en campaña en Arica, cerca de las operaciones bélicas. Los peruanos lo "recibieron con la amabilidad que merecen su alta posición y su carácter muy simpático". La **Victorieuse** llamó la atención general por la belleza de su construcción y el poder de su blindaje y armamento. Casi al mismo tiempo llega desde Panamá el almirante inglés Sterling, que viene a reemplazar al almirante Horsey (42).

El general La Puerta visita poco después la **Victorieuse** donde es acogido con los honores que le son debidos como Jefe de Estado por el almirante y el ministro de Vorges (43).

Dada su misión de vigilancia, Petit-Thouars envía el **Hugon** a Guayaquil y efectúa un reconocimiento de la costa, ejercicio relativamente modes-

(39) Promovido a Ministro en setiembre de 1880.
(40) Firmantes de la nota colectiva del Cuerpo Diplomático acreditado en Lima al Almirante Riveros, de 17 de abril de 1880.
(41) La Faye, libro citado, pág. 263.
(42) Vorges al Ministro de Relaciones Exteriores de Francia, Lima, 9 de setiembre de 1879.
(43) Vorges al Ministro de Relaciones Exteriores de Francia, Lima, 23 de setiembre de 1879.

to si se tiene en cuenta que los ingleses disponen de nueve activas naves de guerra en el Pacífico sudamericano (44).

En abril de 1880 se presenta la armada chilena en el Callao y establece el día 10 de ese mes el bloqueo del primer puerto de la república, bloqueo que incluiría a Magdalena, Miraflores y Chorrillos, y los invasores se hacen fuertes en la isla de San Lorenzo. En la rada chalaca se encontraban buques de guerra de los siguientes países: Alemania, Estados Unidos de América, Francia, Inglaterra e Italia. El almirante chileno Riveros comunica por nota de esa fecha, "por cortesía" el bloqueo a los jefes de las flotillas extranjeras, y advierte: "Como las exigencias de la guerra pueden obligarme a romper el fuego contra los fuertes o contra cualquier punto de esa localidad, he creído necesario notificarlo a la autoridad militar y civil del Callao a fin que los habitantes de la misma lo mismo que los buques mercantes, al ancla en esta rada, sean prevenidos con anticipación". Y añadía: "He fijado un plazo de 8 días para que las naves de comercio neutras efectúen su cargamento y descarga y se retiren de la bahía" (45).

El almirante francés, en cuya capitana se reunieron los jefes navales extranjeros, responde —de acuerdo con sus colegas— que considera que el bloqueo sólo concierne al Callao y que si fuera de otro modo le agradecería informárselo. Añade que piensa que ninguna acción militar será emprendida antes de los ocho días indicados y que si se decidiera a efectuar un bombardeo el almirante chileno se lo habría de comunicar previamente "conforme a los usos". Recuerda la importancia de los bienes extranjeros que se encuentran en el Callao y termina diciendo que espera que si las circunstancias llevaran al jefe de gobierno chileno a "hacer un acto de hostilidad contra esta plaza, tomará las disposiciones en su poder para evitar la destrucción de aquello que no sirva especialmente al enemigo" (46).

El cuerpo consular que también fue notificado por Riveros hizo notar en su respuesta que el plazo indicado era insuficiente y solicitó que se extendiera a 15 días, lo que llevó a éste a ampliarlo en dos días, de suerte que expiraba el 20, fecha en la cual deberían haber abandonado el puerto los mercantes extranjeros. Esta concesión iba, sin embargo, aparejada con una advertencia que Vorges interpreta de este modo: "El señor Riveros, si bien dice que es todo su deseo respetar a los neutrales, deja entender que será tanto peor para ellos si se encuentran en las localidades atacadas; y al dar seguridades de que no atacará antes de la expiración del plazo fijado se reserva el derecho de hacer, después de todo, lo que le convenga. Siendo los procedimientos poco regulares de los chilenos ya conocidos desde hace tiem-

(44) Ibid.
(45) Anexo al of. de Vorges al Ministro de Relaciones Exteriores de Francia, Lima, 14 de abril de 1880.
(46) Nota de Petit-Thouars a Riveros, de 12 de abril de 1880, anexa al mismo oficio.

po —añade— hemos creído nuestro deber no dejar planear esta incertidumbre sino hacer comprender al almirante chileno las consecuencias de sus actos, y como no ha querido decir lo que piensa hacer, hemos tomado el camino de decirle lo que no puede hacer" (47).

De este modo la notificación del bloqueo lleva a una gestión diplomática colectiva de todos los jefes de misión acreditados en Lima, quienes envían a Riveros, con fecha 17, una nota en que puntualizan que "1º hacen todas las reservas al respecto de los daños que puedan ser causados sin necesidad militar a las personas y propiedades neutrales; 2º hacen especialmente reservas, en el caso de un bombardeo de una localidad abierta e indefensa; 3º que las hacen en el caso de bombardeo de un centro poblado que no haya sido expresamente designado en una notificación previa" (48).

El ministro inglés piensa que esta notificación evitará un eventual bombardeo de Lima, pero el francés por su parte es escéptico en este punto pues "la obstinación del almirante en esconder su juego me hace temer que sus instrucciones no sean del todo en concordancia con las reglas de humanidad". Pero de todos modos, considera que si algo semejante se produjera no podrían los neutrales —salvo órdenes positivas de sus gobiernos— ir más allá de reclamaciones y protestas (49).

El almirante chileno, según Vorges impresionado por la gestión colectiva, toma nota en su respuesta a ella de sus declaraciones, ofrece transmitirlas a su gobierno y reitera que "en tanto que las necesidades de la guerra y sus instrucciones se lo permitan no olvidará jamás los deberes que le imponen los principios de humanidad y el respeto a quienes no tienen carácter de beligerantes" (50).

Como es sabido, el primer bombardeo del Callao —contestado por los fuertes de tierra y buques de la armada peruana— se llevó a cabo el 23 de abril, y fue seguido por otros, entre ellos el de Chorrillos del cual hablaremos después.

A comienzos de junio escribe Vorges a su gobierno: "Veo con pena alejarse a la **Victorieuse**. El almirante du Petit-Thouars ha recibido orden formal del ministro de marina de constituirse en Oceanía. No me quejo precisamente de la partida del almirante, a pesar del entendimiento perfecto y las excelentes relaciones que han reinado entre nosotros. Ninguna otra nación tiene en este momento en el Callao un oficial de esta graduación; la posición excepcional del almirante nos podría exponer pues a compromisos. El co-

(47) Vorges al Ministro de Relaciones Exteriores de Francia, Lima, 20 de abril de 1880.
(48) Anexa al citado oficio.
(49) Ibid.
(50) Nota de Riveros al Cuerpo Diplomático acreditado en Lima de 17 de abril de 1880, anexa al mismo oficio.

mandante Chevalier, que se queda con el **Decrès** es un oficial distinguido en que tengo toda confianza. Pero sin embargo estamos reducidos a dos barcos de madera, de importancia secundaria. Ahora bien, con el carácter de los chilenos siempre inclinados a abusar, hubiera deseado que nos encontraran, a nosotros y los ingleses reunidos, siempre en estado de detener sus gestiones excesivas, aunque —esto bien en claro— firmemente resueltos a no usar jamás de nuestra fuerza" (51).

Algún tiempo después de Petit-Thouars parte también Sterling, pero ya en noviembre de 1880 se habla de su regreso al Callao. Vorges aprovecha las noticias al respecto para recordar a su gobierno, que la mayor garantía de los extranjeros en las emergencias que se esperan está en la presencia de las escuadras y expresa que "estaría muy contento si el almirante du Petit-Thouars pudiera también retornar a tiempo a la costa de América" (52).

Cumplida su misión en Oceanía —Fatu-Hiva, Taio-Hae, Hiva-Oa— y después de una lenta navegación de 36 días de calma en el Pacífico, se encuentra Petit-Thouars de vuelta en las costas sudamericanas, a bordo de su capitana la **Victorieuse** y el 22 de diciembre echa el ancla en Valparaíso.

Recibe ahí noticias importantes: De un lado de París, que le informan que el 24 de noviembre la **Triomphante**, con el contralmirante Brossard de Corbigny a bordo, había zarpado de Río de Janeiro con rumbo a Chile, debiendo Petit-Thouars partir con la **Victorieuse** hacia Tolón, apenas haya entregado el mando de la escuadra a su sucesor.

En consecuencia toma las medidas necesarias —recambio de víveres, etc.— para aparejar el barco de modo que pueda cumplir inmediatamente estas órdenes y partir con él rumbo a Francia.

Pero de otro lado las nuevas de Lima son alarmantes, las familias de los residentes franceses refugiados en pontones en la rada del Callao viven en condiciones precarias, les faltan víveres y la inminencia de un ataque chileno a Lima torna la situación en esa ciudad muy azarosa.

Ante esta emergencia toma dos resoluciones: una consistente en cargar de víveres y pertrechos el **Dayot** y enviarlo al Callao a incrementar la flotilla francesa en ese puerto, compuesta del **Decrès** y el **Hussard,** y otra en ordenar al capitán de la **Decrès** de permanecer donde estaba, pese a que tenía órdenes de hacerse a la vela con destino a Francia (53).

Es curioso observar que Vorges y Petit-Thouars consideran a los franceses residentes en Lima en situación de grave peligro, pero por razones di-

(51) Vorges al Ministro de Relaciones Exteriores de Francia, Lima, 5 de mayo de 1880.
(52) Vorges al Ministro de Relaciones Exteriores de Francia, Lima, 12 de noviembre de 1880.
(53) Petit-Thouars al Ministro de Marina de Francia, Valparaíso, 25 de diciembre de 1880.

ferentes. El almirante, basado en informaciones de Chevalier, capitán del **Decrès,** teme que "con ocasión de la toma de Lima nuestros compatriotas puedan correr serios riesgos, pero ello de parte de los peruanos mismos, más que de los chilenos". Se explica así: "Desde el comienzo de las hostilidades los chilenos han cometido ciertamente excesos, pero son comparativamente más disciplinados, sus jefes tienen un deseo incontestable que concuerda con su interés, de no suscitar reclamaciones de los neutrales . . . Pero lo que nadie podrá controlar, ni dirigir, es el populacho abyecto de los barrios marginales de Lima, la población del Callao de tan mala fama —a justo título— y que se ha retirado alrededor de la capital, los chinos mismos, que tanto han sufrido en las haciendas cercanas de Lima, y es de temerse que esa gente, animadas de malos sentimientos, se lancen en determinado momento sobre los barrios ricos, los pillen y se libren a los más grandes excesos" (54).

Vorges ve las cosas en forma algo diferente. Refiriéndose a la circular del gobierno peruano a los agentes en el exterior, del 5 de noviembre de 1880, que encuentra mediocre, expresa: "Lo que es justo en el documento es la protesta contra la manera verdaderamente escandalosa de la cual Chile hace la guerra, pisoteando abiertamente las leyes que desde hace dos siglos imponen a los beligerantes el respeto de la propiedad privada. . . Estos procedimientos chilenos no me dejan sin inquietud sobre el modo en que ocurrirían las cosas en caso de una ocupación de Lima. Han prometido de manera general, aunque muy afirmativa, respetar a los neutrales. Será sin embargo muy triste ser espectadores impotentes de la violación de todas las leyes de la civilización, en el caso que los abusos tolerados contra los peruanos se extiendan hasta los neutrales. Nuestra mayor seguridad estará en la presencia de la escuadra, pues no hay que disimularlo que si la aristocracia chilena conoce y comprende hasta un cierto punto los deberes del estado de guerra, ella conduce al combate a poblaciones violentas y brutales" (55).

Estando, pues, en Valparaíso el almirante du Petit-Thouars recibe noticia de que su sucesor no llegará hasta el 15 de enero (56).

"Comprendiendo que la hora de la crisis no tardaría en sonar para Lima, tomó la resolución de venir a prestar su concurso" nos dice Vorges. La Faye envuelve este hecho en literatura ponderativa: "Hablando la caridad más alto que los intereses personales en el alma profundamente cristiana de Petit-Thouars, más alto que voces amadas que llamaban al almirante al otro lado del Atlántico, la **Victorieuse,** en vez de surcar hacia playas francesas, remontó hacia el puerto peruano del Callao para extender la sombra protectora de su pabellón sobre nuestros compatriotas" (57).

---

(54) Ibid.
(55) Vorges al Ministro de Relaciones Exteriores de Francia, Lima, 12 de noviembre de 1880.
(56) Ibid.
(57) Libro citado, pág. 269.

MUSEO NAVAL DEL PERU

Es indudable que sus instrucciones no preveían este viaje, ya que debía entregar el mando a Brossard de Corbigny en Valparaíso, y lo hubiera seguramente hecho si éste hubiese llegado puntualmente a la cita, pero tampoco se oponían a la decisión tomada, pues mientras fuera jefe de la división naval era su cometido defender los intereses franceses donde estuvieran amenazados. Dentro del margen que le dejaban las órdenes de París, el almirante escogió el camino que le señalaban su sentido del deber y su espíritu generoso, y que le desaconsejaban —evidentemente— la comodidad y el peligro de una desautorización si su acción no hubiera sido coronada de buen éxito.

El hecho es que la **Victorieuse** zarpó de Valparaíso el 31 de diciembre y que llegó el 7 de enero al Callao. Allí encontró la siguiente situación: En el fondeadero de San Lorenzo la escuadra chilena que bloqueaba el Callao; en la rada de este puerto los buques de guerra franceses **Decrès** y **Dayot;** las naves inglesas **Triumph** —que enarbolaba la insignia de Sterling—, la **Shannon** y el **Gannet;** y los cruceros italianos **Christophoro Colombo** y **Archimedes.** Como el gobierno peruano había prohibido la comunicación entre la rada y el Callao, sólo quedaba abierta la vía de Ancón, en cuya bahía estaban sobre el ancla el **Hussard** (francés), la **Thetis** (inglesa), la **Ariadne** (alemana) y la fragata italiana **Garibaldi** y los buques norteamericanos **Lackawanna** y **Adams,** amén de buen número de pontones con refugiados. Sin embargo, cuatrocientos franceses se hallaban en este mismo tipo de embarcaciones cerca de sus naves de guerra en la rada exterior del Callao (58).

Las relaciones entre los diversos oficiales extranjeros son excelentes y los chilenos no pierden ocasión de darles muestras de deferencia y del deseo de obligarlos. En cambio la situación con las autoridades peruanas es más tensa, en especial por desinteligencias en el puerto, lo que no excluirá una cooperación de que más adelante trataremos.

Desde el punto de vista personal, Petit-Thouars está satisfecho de haber venido y escribe el 8 de enero al ministro de marina: "Si, cuando tomé la decisión de remontarme al Callao temí un momento que V.E. pudiera considerar que yo había cedido a un exceso de celo, las pocas horas que he pasado en el teatro de los acontecimientos, me producen ya el convencimiento que la presencia en él del comandante en jefe de la División del Pacífico es indispensable en las actuales circunstancias".

Los excesos chilenos

Para comprender cabalmente lo que significó la intervención amistosa de las potencias neutrales —y en especial la de Francia— para preservar a la capital peruana de una destrucción y saqueo al ser ocupada por las

(58) Petit-Thouars al Ministro de Marina de Francia, Callao, 8 de enero de 1881.

fuerzas chilenas en enero de 1881, es menester presentar —como telón de fondo— el temor que ellas infundían no únicamente en la población vernácula sino en los residentes extranjeros, temor basado en la suerte corrida por otras ciudades del país tomadas por los invasores. Las noticias alarmantes, confirmadas por testigos presenciales fidedignos, se reflejan en los informes de Vorges y Petit-Thouars a su gobierno. Transcribimos a continuación, guardando el orden del desarrollo de las campañas, los más característicos.

"Un grupo de chilenos ha desembarcado en Mollendo. Han permanecido allí tres días, y según lo que cuenta el comandante de la **Garibaldi** navío de guerra italiano, se han librado a todos los excesos, han forzado la aduana, saqueado las tiendas, violado a las mujeres, han hecho en una palabra guerra de salvajes. Los jefes han prometido al comandante castigar estos excesos, cuya perpetración pretenden no haber podido impedir. Pero me parece indispensable que los gobiernos manifiesten muy alto su desaprobación, sin lo cual los neutrales que mucho han sufrido en Mollendo, estarán expuestos a los más grandes peligros en toda la costa" (59).

"En Arica, los soldados chilenos se negaron a dar cuartel y repasaron a los heridos. Han saqueado totalmente la ciudad" (60).

Y añade Vorges: "el pillaje ha sobrepasado ciertamente lo que podría excusar la continuación de la lucha en la ciudad, y los generales parecen haber contribuído con una condescendencia excesiva. Tengo correspondencia en que se asegura que los soldados se excusaban del pillaje prevaliéndose de las promesas que se les había hecho y que el propio Baquedano decía que si iba a Lima no podría responder de sus tropas.

La idea de saquear a Lima parece hacerse popular y la difusión de esta idea es un peligro en cuanto convertirá al soldado chileno en más difícil de retener... Me parece de un gran interés que los gobiernos neutrales llamen en la forma más seria la atención del gobierno chileno sobre este estado de cosas y pidan seguridades formales de que medidas más eficaces que en lo pasado serán tomadas para el respeto de la propiedad privada en el caso de una toma de Lima" (61).

"Mi colega en Santiago me escribe esto: Se habla siempre de ir a Lima. Prevengo a usted que los soldados están inflados de la perspectiva de saquear a esa ciudad. La idea del pillaje está tan acentuada que a mi juicio ello justifica toda especie de medida preventiva. V. E. comprenderá que nosotros aquí no tenemos ninguna medida que podamos tomar. La única posible es que el gobierno quiera dar órdenes para significar al gobierno de

(59) Vorges al Ministro de Relaciones Exteriores de Francia, Lima, 10 de febrero de 1880.
(60) Vorges al Ministro de Relaciones Exteriores de Francia, Lima, 21 de junio de 1880.
(61) Carta particular de Vorges al barón de Courcel, Director de Asuntos Políticos en el Ministerio de Relaciones Exteriores de Francia, Lima, 28 de junio de 1880.

Santiago que debe prometer respetar Lima, so pena de encontrar oposición en lo futuro a toda operación por mar" (62).

"En cuanto podemos saberlo, en el estado de bloqueo en que nos encontramos, el señor Lynch prosigue con fechorías más al norte. Debe de devastar, en este momento, el valle de Trujillo. El gobierno chileno no alegará aquí la imposibilidad de contener sus soldados. Es por órdenes precisas que se hacen estas destrucciones de la propiedad privada. Quizá se quiera justificarlas en vista del derecho de exigir contribuciones y en consecuencia de castigar a aquellos que rehusan pagar, pero es bien evidente, según el lenguaje político, que se usa en Santiago, que las contribuciones exigidas son el pretexto y la destrucción el fin" (63).

Continuando con el tema de las exacciones de Lynch, comenta el ministro de Vorges: "La lucha ha tomado un carácter por así decir oficial de guerra a la propiedad privada y compruebo todos los días que perdemos influencia dejándola proseguirse en estas condiciones. Los peruanos han tenido siempre la idea que debíamos apoyarlos. No he hecho caso de esta opinión mientras ella estuviera sólo fundada en una apreciación demasiado simplista de los deberes internacionales. Pero ahora no se puede disimular que Chile emplea procedimientos que no serían tolerados en una pequeña potencia europea. ¿A qué atribuir nuestra inacción? ¿A nuestra indiferencia por hechos tan alejados o a las dificultades que entraban nuestra acción? ¿Falta de simpatía o falta de fuerza? Las naciones del Pacífico han aprendido por lo menos a contar con nosotros, y esta impresión no tardará en traducirse en la práctica por un menor respeto de nuestros intereses" (64).

Refiriéndose al incendio de Chorrillos manifiesta el almirante du Petit-Thouars: "El asunto fue de los más sangrientos. Los peruanos se defendieron pie a pie en Chorrillos; el incendio mismo no pudo vencer la resistencia de algunos de ellos; y, en la tarde, toda esta ciudad compuesta de casas de campo de los personajes más ricos de Lima era presa de las llamas ante el furor de sus soldados excitados por la bebida que habían encontrado en abundancia; en fin, por el amor al pillaje desarrollado en ellos durante toda la campaña. No puede pues ser dudoso para nadie que si esa gente entrara a Lima o al Callao combatiendo, ambas ciudades serían destruídas, las mujeres libradas a los últimos ultrajes y todavía puede uno preguntarse, suponiendo que ellas fuesen ocupadas regularmente y como consecuencia de una capitulación, si los oficiales chilenos habrían de ser capaces de contener a sus soldados" (65).

---

(62) Postdata al oficio de Vorges al Ministro de Relaciones Exteriores de Francia, de 31 de julio de 1880.
(63) Vorges al Ministro de Relaciones Exteriores de Francia, Lima, 24 de setiembre de 1880.
(64) Ibid.
(65) Petit-Thouars al Ministro de Marina de Francia, Callao, 23 de enero de 1880.

Dentro de estos reprobables excesos hay uno que constituye un caso curioso desde el punto de vista del derecho internacional: El bombardeo de Chorrillos, realizado algunos meses antes, el 22 de setiembre de 1880, y que fue seguido por el de Ancón y Chancay.

Los antecedentes y circunstancias son los siguientes: Los buques chilenos **Loa** y **Covadonga** habían sido víctimas de un estratagema que produjo su hundimiento. El empleo de un bote vacío —cargado de dinamita— dejado a la deriva para que lo recogieran, como efectivamente lo hicieron, los chilenos; si no es muy "militar" —como dice Vorges— "no ha debido engañar al enemigo después de experiencias anteriores y no tiene evidentemente nada contrario al derecho de guerra" (66). Pero el almirante Riveros no lo entendió así y conminó al comandante de la plaza del Callao a que le entregara los buques de guerra peruanos **Unión** y **Rímac** como compensación, y en caso que no lo hicieran amenazó con destruir los puertos citados en el término de 24 horas. Esta "insólita" pretensión fue también comunicada al decano del cuerpo diplomático. Fue ella rechazada por el gobierno peruano. Los jefes de misión —en nota del 20 de setiembre suscrita por todos ellos (El Salvador, República Argentina, Francia, Estados Unidos, Inglaterra, Alemania, Italia, Brasil y España) (67)— aparte formular reservas sobre los daños que tal acción podría causar a los neutrales, expresan textualmente: "Nuestro deber nos obliga, almirante, a hacerle notar que el bombardeo de localidades abiertas y no defendidas es contrario a los usos de guerra entre naciones civilizadas. Sin duda que tales medidas pueden ser excepcionalmente autorizadas contra poblaciones que han violado ellas mismas el derecho internacional, pero tal motivo no podría ser invocado aquí puesto que la pérdida de la **Covadonga** es el resultado de operaciones regularmente usadas en las guerras" (68).

Añade Vorges: "Hace tiempo que la prensa chilena reclamaba la destrucción de Chorrillos, porque esta estación de baños de mar es uno de los agrados de la sociedad de Lima" (69).

En el momento de la conminación no había en ninguno de los tres puertos tropas peruanas. Pero Riveros considera que el bombardeo se justifica, pues en Chancay se realizó la pérdida de la **Covadonga** y en cuanto a Chorrillos se remonta a un incidente ocurrido allí hace dos meses en que se produjo una imprudencia por parte de la policía, cuyo autor fue castigado y que no podía asimilarse a una acción militar. Y comenta el ministro francés que nadie habría temido un cañoneo por ella "ni que esta represalia fuese más legítima que los bombardeos de Mollendo y de Pisagua en 1879, sobre

(66) Oficio citado de 24 de setiembre de 1880.
(67) Enrique Vallés, Encargado de Negocios, llegado a Lima a fines de agosto de 1880.
(68) Anexo al citado oficio de 24 de setiembre de 1880.
(69) Oficio citado de 24 de setiembre de 1880.

los cuales los abogados de la Corona en Londres habían declarado que había lugar a reclamación. . ." (70).

Con rara actividad, en que tuvo personal intervención Piérola, se pusieron en 24 horas piezas de artillería en Chorrillos y gracias a esta precaución el enemigo fue tenido a distancia y causó pocos estragos.

Las negociaciones de paz

Durante este período de la guerra, hasta la toma de Lima por las tropas chilenas, la actividad diplomática fue intensa. Los jefes de misión de las naciones neutrales —aunque como hemos visto con simpatía por uno y otro de los beligerantes— obedecían en ello a una doble motivación. De un lado a convicciones humanitarias o al respeto de las normas del derecho internacional, pero de otro a la defensa de los intereses y nacionales de sus países en la zona de guerra. Dentro de este cuadro pueden establecerse dos tipos de negociaciones: unas en general colectivas de todo el cuerpo diplomático acreditado en Lima, primero con el almirante Riveros, jefe de la flota chilena que bloqueaba el Callao, y después con el comando de la fuerzas terrestres que atacaban la capital, así como con la autoridad peruana competente; y otras de algunos ministros solamente (Francia, Inglaterra y los Estados Unidos de América) que consistían en buenos oficios o mediación, con vistas a la concertación de la paz entre el Perú y Chile.

En lo que toca a las negociaciones con el almirante Riveros, ya nos hemos venido ocupando en ellas en páginas precedentes; y en lo que atañe a las gestiones con Baquedano y Piérola nos referimos a ellas al tratar de la toma de Lima. El presente capítulo se limitará a las negociaciones diplomáticas de paz del segundo tipo en cuanto conciernen al plenipotenciario francés.

Desde el comienzo de la guerra los agentes diplomáticos europeos buscaron interponer sus buenos oficios entre los beligerantes, pero estas tímidas insinuaciones no recibieron acogida, sobre todo por parte de Chile (71). Más decididos fueron los norteamericanos: el señor Pettis, ministro de la Unión en La Paz, avanzó diversas y secretas soluciones que sólo sembraron la desconfianza entre peruanos y bolivianos (72).

La toma de Arica y la retirada de Campero determinan una gestión del cuerpo diplomático ante Piérola, confiada a dos plenipotenciarios, uno de los cuales era Vorges, y a la que ya nos hemos referido, que mereció un cortés rechazo del dictador peruano (73).

---

(70) Ibid.
(71) Vorges al Ministro de Relaciones Exteriores de Francia, Lima, 28 de julio de 1879.
(72) Vorges al Ministro de Relaciones Exteriores de Francia, Lima, 23 de setiembre de 1879.
(73) Vorges al Ministro de Relaciones Exteriores de Francia, Lima, 14 de junio de 1880.

Pero poco después, a comienzos de julio de 1880 y tomando asidero en una conversación con el ministro de relaciones exteriores, los jefes de misión de Francia y Gran Bretaña escribieron a sus colegas en Santiago con el fin de indagar si sería posible llegar a entablar negociaciones de paz. Las gestiones de éstos —a quienes se asoció el ministro de Italia— tuvieron pleno buen éxito. "El lunes 10 de agosto, dice Vorges en su Cancillería, recibimos aquí los despachos que nos informaban que el gobierno chileno estaba dispuesto a nombrar un plenipotenciario, si el Perú quisiera también nombrar uno, y que la condición de la paz sería la cesión de toda la soberanía de la costa hasta el río Camarones sin ninguna reclamación por gastos de guerra y otros. Al día siguiente nos fuimos a ver al señor de Piérola, yo, el ministro de Inglaterra y el de Italia. Lo encontramos mucho más asequible que antes. Admitió la idea de tratar y se declaró dispuesto a nombrar un plenipotenciario. Pero sobre las condiciones encontramos dificultades. El señor de Piérola, que parece atenerse a un punto de vista un poco demasiado exclusivo del honor nacional, no puede admitir cesión de territorio, sobre todo cesión definitiva. Sin embargo no retiró su promesa de nombrar un plenipotenciario si el cuerpo diplomático se lo pedía. Pensamos que era poco prudente tomar la responsabilidad de separar en dos partes la propuesta chilena; pero, no obstante, imaginamos que si se llegaba a pesar de todo a poner públicamente a los plenipotenciarios frente a frente, la necesidad de la paz, una vez producida, hablaría más alto y dispondría a acomodamientos. Telegrafiamos pues a Santiago, para saber si la aceptación previa de las condiciones era indispensable, y como importa que las negociaciones se inicien lo más pronto posible, creí poder ofrecer a mis colegas el concurso del aviso **Hussard** que debe llevar nuestro telegrama a Arica y traernos la respuesta". Las negociaciones habrían de realizarse en el Callao, pero el 19 de agosto recibe Vorges un despacho del barón d'Avril, ministro francés en Santiago, que le dice que el gobierno chileno no quería más el Callao y proponía Arica. Hemos respondido —sigue informando aquél a su gobierno— que habíamos arreglado el asunto para el Callao y que no podíamos más cambiar. Por lo demás en Arica no hay cuerpo diplomático ni navío neutral; la negociación se proseguiría, pues, fuera de los buenos oficios, lo que hay que evitar en el interés de un éxito definitivo. En resumen: Hemos ganado un punto importante, es que tanto en Lima como en Santiago se puede tratar de la paz; esto me da la esperanza que tarde o temprano llegaremos a alguna cosa. Pero ¡cuántas dificultades se nos pueden atravesar! Conservamos, por el momento, estas negociaciones en secreto" (74).

Vorges redactó una nota confidencial para Piérola, en la que se indican estas bases de negociación y en que se aclara —seguramente para poner a salvo el honor del Perú— que "la extensión del territorio (chileno) no sería estipulado a título de conquista sino como indemnización por gastos de

(74) Vorges al Ministro de Relaciones Exteriores de Francia, Lima, 19 de agosto de 1880.

guerra y por las pérdidas sufridas por ciudadanos chilenos sobre el territorio de ambas repúblicas, así como se hizo entre Rusia y Turquía para la cesión de Dabrudja, de Batum y de Kars" (75).

La gestión anglo-francesa parecía pues en buen camino. Vorges informa a su gobierno: "En el público no hay noticia clara de nuestras gestiones, por el contrario la gente se preocupa del viaje del señor Christiancy, ministro de los Estados Unidos, viaje negado por su legación pero muy torpemente disimulado. Personas al tanto de lo que ocurre en palacio aseguran que antes de su partida tuvo tres entrevistas con el señor Piérola. Debería declarar —se dice— en Chile que los Estados Unidos no están dispuestos a permitir un cambio de fronteras en América y proponer la paz mediante una indemnización regulada por un arbitraje. Los Estados Unidos olvidan sin duda hoy cuántas veces han cambiado su frontera con México. Si por lo demás obtienen que Chile devuelva sus conquistas, desde nuestro punto de vista sólo tendríamos que felicitarnos" (76).

La expectativa producida por el misterioso viaje de Christiancy es pronto disipada: "Ayer —escribe el ministro francés el 11 de setiembre— ha vuelto el **Hussard** de Arica con la respuesta de nuestros colegas de Santiago. Esta respuesta pone fin a nuestra acción amistosa o por lo menos la suspende definitivamente, pero ella no hace desesperar de la paz. Nuestros colegas nos telegrafían en efecto que el gobierno chileno habiendo aceptado la mediación ofrecida por los Estados Unidos cree de su deber esperar sus resultados antes de nombrar plenipotenciarios". Y comenta: "Hay pues una negociación seria en curso. Las gestiones del señor Christiancy han tenido buen éxito en Santiago. No me extraña que el gobierno chileno haya preferido la mediación de un gobierno a los simples buenos oficios de agentes diplomáticos y propuestas sin duda precisas en vez de la simple designación de plenipotenciarios. En cuanto a las bases de la mediación, me es difícil creer que sean, como parece presumirse aquí, un abandono absoluto de la conquista. Lo que nos cuentan de las disposiciones de los chilenos me parece convertir esta determinación en poco verosímil. ¿Tenía el señor Christiancy ofertas secretas del señor Piérola y en qué medida han sido estas ofertas aceptadas? He allí lo que hasta ahora se ignora del todo.

Considero natural que los Estados Unidos desempeñen el primer papel en una cuestión de esta naturaleza. No comparto los celos de mi colega inglés y les deseo buen éxito" (77).

Continuando su análisis, Vorges aporta un dato importante: "Mientras el señor Christiancy estaba en ruta de regreso para acá, una expedición de

(75) Anexo al oficio citado.
(76) Vorges al Ministro de Relaciones Exteriores de Francia, Lima, 29 de agosto de 1880.
(77) Vorges al Ministro de Relaciones Exteriores de Francia, Lima, 11 de setiembre de 1880.

2.500 hombres partía de Arica con destino desconocido. Se cree desgraciadamente que ella va a hacer destrozos en las plantaciones del norte del Perú. Se me ha hablado confidencialmente de Chimbote. Estos indicios me hacen sospechar una cierta duplicidad del gobierno de Chile que no deja de inquietar en cuanto al resultado" (78).

La casi simpatía del ministro de Vorges por la mediación americana —con las inquietudes anotadas— pronto se disipará. Ya a mediados de setiembre se comienza a rumorear que las condiciones de que era portador Christiancy no eran tan favorables como se creía, y que excedían a las que consideraban Vorges y Saint-John en sus buenos oficios.

El 25 de setiembre Vorges informa "que la mediación de los Estados Unidos marcha penosamente entre la indiferencia de los chilenos y la irritación de los peruanos. Los primeros afectan que no esperan ningún resultado mientras Piérola dice a Christiancy que pronto nombrará plenipotenciarios y de otro lado afirma que la mediación ha sido desechada y declara que no cederá una pulgada de terreno". Y comenta el francés: "Ahora bien, el señor de Piérola no puede ignorar que sin cesión de territorio la paz es completamente imposible" (79).

Nombrados los plenipotenciarios, Antonio Arenas y Aurelio García, partieron sin Christiancy, el 1º de octubre, para Arica donde habrían de realizarse las conversaciones de paz. Los augurios no son buenos: "En Chile la opinión pública es muy hostil a la paz, se quiere de todos modos ir a Lima y humillar al enemigo. De otro lado es difícil creer en la sinceridad del gobierno peruano, pues su órgano oficioso de prensa empuja a la guerra" (80).

"Las instrucciones de los plenipotenciarios son naturalmente un secreto, se pretende sin embargo que están autorizados a consentir en la ocupación de Tarapacá hasta el pago de una indemnización de guerra. Pero se quisiera que esta indemnización sea pagada por las propias rentas de Tarapacá. No sé si los chilenos admitirán este sistema. Se cuenta mucho aquí con la acción de los americanos. El señor Christiancy habría dicho que estaba llano a declarar a los chilenos que los Estados Unidos no quieren conquistas. Ha podido hacerlo creer, dudo que lo haga". Pero aparte estas dudas otras inquietudes asaltan al ministro francés; son ellas relativas a los intereses salitreros franceses en las provincias en juego. Y aquí aparece por primera vez una muestra de amargura: "No solamente se nos ha quitado la mediación, sino que se hace todo lo posible para sustraerla a nuestra mirada". Y una información reveladora: "Entre las combinaciones de que se habla, estaría ésta: Los Estados Unidos pagarían 50 millones a Chile por los gastos de la

(78) Ibid.
(79) Vorges al Ministro de Relaciones Exteriores de Francia, Lima, 25 de setiembre de 1880.
(80) Vorges al Ministro de Relaciones Exteriores de Francia, Lima, 2 de octubre de 1880.

guerra y explotarían Tarapacá hasta el reembolso. Los americanos tomarían pie en América del Sur" (81).

Las esperanzas de paz eran, en los últimos días de octubre, considerables en Lima, y se contaba con la influencia de los Estados Unidos para evitar una cesión territorial a Chile (82). En los primeros días de noviembre llegó sin embargo la infausta nueva: la ruptura de las negociaciones de paz en Arica. El gobierno publicó los documentos relativos a la mediación norteamericana. Vorges las comenta así: "Resulta de esta publicación que los chilenos han agravado sensiblemente las condiciones que ellos habían propuesto hace algún tiempo por medio de Francia e Italia. Siguen pidiendo la cesión de Tarapacá, una indemnización de guerra por los chilenos expulsados al comienzo de las hostilidades, la devolución del **Rímac** que les fue tomado hace un año, la ruptura de todo vínculo especial con Bolivia y la interdicción de fortificar Arica. Los plenipotenciarios peruanos han rechazado la idea de una cesión de territorio y han propuesto someter las otras gestiones a un arbitraje. Los chilenos se han negado naturalmente y las negociaciones han sido rotas después de tres conferencias. Conviene subrayar la reserva absoluta que se han impuesto los americanos. Como toda esperanza de buen éxito reposaba sobre una acción enérgica de su parte, su abstención convertía desde el primer momento todo acuerdo en imposible" (83).

Y añade: "Sé que el dictador está muy inquieto y que un fuerte sector en torno a él empuja hacia la paz. Se han lanzado indirectas al ministro de Inglaterra para retomar la negociación anglo-franco-italiana interrumpida por la intrusión americana. Ha respondido en su nombre y en el nuestro que sólo intervendremos, teniendo en mano un documento auténtico que haga constar la voluntad de ceder Tarapacá. Sin esta condición, en efecto, nada se puede tentar que tenga alguna posibilidad de buen éxito" (84).

"Desde el punto de vista del derecho de guerra las exigencias de los chilenos son ciertamente considerables, bastante más que las condiciones que nosotros habíamos obtenido en el mes de agosto. Pero no creo que se hallen fuera de los usos seguidos en casos semejantes" pese al hecho de que Calderón las hubiera calificado de absurdas (85).

"Ellos habrían podido ser más generosos, y creo que lo habrían sido si la cesión del territorio hubiese sido admitida, pero no creo que se les pueda acusar de haber desplegado un rigor inusitado. La verdad de la situación es que so pretexto de salvar Tarapacá, el gobierno expone a Lima, es

(81) Ibid.
(82) Vorges al Ministro de Relaciones Exteriores de Francia, Lima, 29 de octubre de 1880.
(83) Vorges al Ministro de Relaciones Exteriores de Francia, Lima, 8 de noviembre de 1880.
(84) Ibid.
(85) Circular de Pedro José Calderón a los agentes diplomáticos del Perú en el extranjero, Lima, 5 de noviembre de 1880.

decir al centro de toda la vitalidad del Perú. Por evitar un fracaso de amor propio y una pérdida de territorio se expone a una desorganización de la nacionalidad peruana. Deseo naturalmente que la victoria de sus armas justifique la inflexibilidad de su actitud, pues nada tenemos que ganar con el triunfo de los chilenos, pero ¿cómo abrigar una esperanza sería cuando los propios peruanos lúcidos no parecen conservarla?" (86).

Con esta melancólica reflexión se cierra el paréntesis de las negociaciones de paz, que el almirante du Petit-Thouars juzga con las siguientes severas palabras: "Los diplomáticos americanos, sin consideración por las negociaciones regulares entabladas por sus colegas, se han lanzado con precipitación en medio de todo el asunto y sólo han llegado a un fracaso. Ciertas personas han visto ello más que una manifestación del deseo constante de esos diplomáticos de ocasión de poner en primer plano su personalidad, como el predecesor del señor Adams en Bolivia (87) ya lo había hecho de manera intempestiva al comienzo de la guerra. Pero su conducta ha tenido un móvil muy diferente según el decir de otras. Se cuenta que en efecto detrás de ellos maniobraba una gran compañía financiera, y que si las negociaciones de las cuales había tomado la iniciativa el señor Christiancy hubieran prosperado, se habría explotado el guano de Tarapacá bajo su control y que quizás aún con la garantía de los Estados Unidos se habría avanzado en nombre del gobierno peruano los 60 millones de dólares que el Perú parece estar llano a ofrecer para obtener la paz. Pero para que tal negociación pudiese llegar a buen término hubiera sido necesario que Chile hubiese estado dispuesto a evacuar la provincia de Tarapacá, cosa que —verosímilmente— jamás hará" (88).

Los chilenos ante Lima

Desvanecida la esperanza de las negociaciones de paz, desembarcadas las tropas chilenas, entre el 22 y el 26 de diciembre, en Chilca y Curayaco, quedaba abierta la dramática incógnita de la defensa de Lima. Petit-Thouars sintetiza la situación así: "Los beligerantes cuentan con veinticinco a treinta mil hombres de cada lado, lo que en consecuencia hace que sean sesenta mil en presencia. La moral es buena tanto en los peruanos como en los chilenos, pero los primeros no están organizados, mientras que los segundos tienen en mano un verdadero ejército" (89).

La inseguridad en la capital, la incorporación de los celadores a las fuerzas defensoras y la buena disposición de las colonias extranjeras habían llevado a la constitución de un cuerpo compuesto por ciudadanos de países

(86) Vorges al Ministro de Relaciones Exteriores de Francia, Lima, 19 de noviembre de 1880.
(87) La gestión de Mr. Pettis.
(88) Petit-Thouars al Ministro de Marina de Francia, Valparaíso, 25 de diciembre de 1880.
(89) Petit-Thouars, Ancón, 11 de enero de 1881.

neutrales, que a partir del 28 de diciembre aseguraron los servicios de policía en la ciudad. El gobierno quiso encomendarles también la tarea de obligar a los comerciantes a abrir sus negocios y a recibir los nuevos billetes, los "incas", así como dar vuelto en moneda menuda de plata, a lo que éstos se resistían. No quisieron los extranjeros prestarse a tales funciones; la "guardia urbana", colocada bajo el comando de M. de Champeaux, oficial francés en retiro, gerente del muelle y dársena del Callao, fue entonces disuelta el 10 de enero, causando intranquilidad en el vecindario (90).

Esta era mayor entre los extranjeros pues se había desarrollado un sentimiento de hostilidad contra ellos, a lo que no fue ajena la fracasada mediación norteamericana.

Dos incidentes diplomáticos producidos el 13 de enero enturbiaron más aún las relaciones de los neutrales con el gobierno: La violación de la legación francesa en busca de José de la Riva-Agüero, a quien se había condenado a muerte por supuesta traición a la patria, y los incidentes ante la legación británica en que se refugiara el general La Cotera, autor de una asonada contra Piérola. Ambos incidentes se resolvieron favorablemente con el viaje al extranjero de ambos perseguidos (91).

Mientras tanto se produjo un recrudecimiento de las fechorías de desertores y del populacho en la capital, que llevó a Petit-Thouars a afirmar: "Debemos temer a los peruanos tanto como a los chilenos" (92). Tenía el almirante instrucciones de no desembarcar ningún hombre armado, lo que sólo habría contribuído a excitar la opinión contra los neutrales, pero en cambio un envío oportuno de cirujanos y marineros desarmados así como la cooperación de un grupo de ciudadanos peruanos y neutrales logró evitar mayores males hasta que la guardia urbana fue restablecida el 16 por el prefecto Torrico, bajo la dirección del mismo Champeaux.

Como no es intención de estas páginas dar cuenta de las batallas que al sur de Lima se desarrollaron a partir del 13 de enero de 1881, ni de las vicisitudes de esa lucha, sino poner de relieve la intervención francesa en la salvación de la capital, según algunos documentos de esa época, relataremos —basados en ellos— las ocurrencias tal como se desarrollaron día a día.

Viernes 14 de enero

El coronel Miguel Iglesias, secretario de guerra, que había sido hecho prisionero en Chorrillos, es enviado por los chilenos para decir a Piérola que si éste deseaba entrar en negociaciones ellos estarían dispuestos a re-

(90) Vorges al Ministro de Relaciones Exteriores de Francia, Lima, 22 de enero de 1881, y Petit-Thouars al Ministro de Marina de Francia, Callao, 23 de enero de 1881.
(91) Petit-Thouars, oficio citado de 23 de enero de 1881.
(92) Ibid.

cibir un parlamentario peruano (93). El Jefe Supremo aprovecha esta gestión para pedir al cuerpo diplomático que intervenga ante el comando del ejército sitiador (94).

En vista de esta insinuación interpusieron los miembros del cuerpo diplomático sus buenos oficios, pero sólo en la tarde fueron informados que Piérola estaba dispuesto a aceptarlos. El decano Tezanos Pinto y los señores Saint-John y de Vorges se constituyeron inmediatamente —en tren extraordinario a Miraflores— en el cuartel general peruano y conferenciaron con el dictador. Según Vicuña Mackenna, siguieron de allí viaje a Chorrillos a pedir una conferencia con Baquedano, que en razón de lo avanzado de la hora quedó para el día siguiente. Vorges dice únicamente que hicieron pedir una entrevista el general chileno, pero el hecho es que sólo estuvo la comisión de vuelta en Lima a las tres de la mañana del 15.

Mientras tanto tenían los marinos —Petit-Thouars, el almirante Stirling y el comodoro italiano— otra preocupación: La circulación de trenes estaba interrumpida por orden del gobierno y ellos deseaban que se restableciera en todas las direcciones para enviar fuera de Lima a las mujeres y los niños de las familias extranjeras. Y añade el almirante francés: "Resolvimos también que si los chilenos nos empujaban al último extremo, hacerles sentir que nosotros en caso necesario les cortaríamos la retirada a su ejército destruyendo su marina. Pero era esta un arma muy peligrosa de manejar, pues la seguridad de todos los extranjeros repartidos desde el Perú hasta el cabo de Hornos dependía directamente de un acto de este género" (95).

Como no lograron del ministro de relaciones Calderón, que se restableciera el tránsito en todas las líneas de los ferrocarriles que servían Lima —pues no podía tomar tal determinación sin orden formal del Jefe Supremo— resolvieron los comandantes de las escuadras extranjeras entrevistarse con Piérola.

Sábado 15 de enero

A las siete de la mañana están Tezanos Pinto, Saint-John y Vorges, como convenido, en Chorrillos aún humeante y devastado. Los reciben el general en jefe Baquedano, el ministro de guerra Vergara, Altamirano, plenipotenciario adjunto al ejército, Godoy, ex-ministro en Lima, y Máximo Lira, secretario del general en jefe.

"Hemos tenido —cuenta Vorges— una discusión de más de dos horas a la vez amigable y seria. Estos señores en el primer momento rehusaron

(93) Petit-Thouars, oficio citado de 23 de enero de 1881.
(94) Vorges al Ministro de Relaciones Exteriores de Francia, Lima, 19 de enero de 1881.
(95) Petit-Thouars, oficio citado de 23 de enero de 1881.

entrar en cualquier explicación, pidiendo que se les entregara previamente Lima o el Callao. Sin embargo, cuando les hice notar que veníamos por invitación del Jefe Supremo y que en consecuencia nuestra gestión constituía una solicitud de paz, ellos se retiraron un instante a deliberar. Cuando se retomó la discusión nos declararon de nuevo que sus poderes les prohibían toda discusión antes de la rendición de Lima. Mi colega inglés no soltó prenda, insistió vivamente por conocer las condiciones impuestas; por mi parte puse de relieve todo el peligro que había en la entrada a Lima si no se podía responder de la disciplina de las tropas, el deshonor que caería sobre el ejército de Chile por el saqueo de Lima y las complicaciones que de ello podrían resultar. En fin, los conjuré a facilitar más bien la conclusión de la paz que de entrar en la capital con un ejército del cual ellos no estuvieran seguros. Nuestra insistencia los conmovió y tuvieron una segunda deliberación a consecuencia de la cual, aunque manteniendo su primer decir, consintieron en indicar oficiosamente las condiciones de paz: cesión de Tarapacá, indemnización de guerra que aumentaría en razón de la duración de las hostilidades, entrega de la flota y destrucción de los fuertes del Callao. El general Baquedano nos declaró que si no se cedía atacarían a las dos de la tarde, pero hemos pedido y obtenido que el plazo fuera prolongado hasta la medianoche. El general se reservó sin embargo el derecho de hacer algunos movimientos en el interior de sus avanzadas" (96).

Mientras tanto los comandantes en jefe de las fuerzas marítimas francesa, inglesa e italiana se habían constituído en Miraflores en el cuartel general de Piérola y logrado el restablecimiento del tráfico ferroviario a fin de poder evacuar a las mujeres y los niños. Poco después llegaron a la quinta Schell, que era la residencia de Piérola en el citado balneario, los tres ministros de vuelta de Chorrillos y expusieron los resultados de su gestión ante Baquedano. Dejaron, cuenta Vorges, a los marinos el cuidado de demostrar al jefe supremo la inutilidad militar de la resistencia, y volvieron a Lima a eso de las once de la mañana. Piérola no hablaba inglés y Stirling no entendía una palabra de francés, de modo que Petit-Thouars sirvió de intermediario en las conversaciones. El dictador "pareció, relata el almirante, comprender toda la gravedad de la situación y dióme la impresión de estar dispuesto a dejar producirse la ocupación pacífica de Lima y el Callao, bajo la garantía del cuerpo diplomático y retirarse a la sierra. En resumen creo que la situación le parecía en el fondo totalmente desesperada y que él buscaba un medio de salir de ella y dirigirse al interior. Nuestro objetivo era salvar a nuestros nacionales y sus bienes de un peligro inmediato, preservar a las mujeres y los niños de los horrores de un saqueo y este objetivo inmediato habría sido alcanzado así. De otro lado la intervención de todo el cuerpo diplomático de Lima así como de los principales jefes de las fuerzas navales neutras no podían dejar de tener un efecto útil sobre los chilenos y, lo re-

(96) Vorges, of. citado de 19 de enero de 1881.

pito, el almirante Stirling y yo, estábamos decididos a ir muy lejos para contenerlos" (97).

Piérola conservó a sus visitantes más de dos horas, les manifestó que quería consultar en Lima a los más importantes personajes y que para ello pediría un tren. Sonaron las dos, había una dificultad en la línea, pues en efecto en esos momentos se dirigían los jefes de misión extranjeros en pleno a Miraflores, para "ejercer una última acción sobre el señor de Piérola".

Nadie había comido y el jefe supremo invitó a sus visitantes a almorzar. Se pusieron los marinos a la mesa con una treintena de oficiales, generales y superiores, y Petit-Thouars observó las idas y venidas de los edecanes que advertían a Piérola que se observaban movimientos en las líneas enemigas, a menos de un kilómetro de distancia.

En esto llegaron los diplomáticos, que pasaron a esperar que terminara el almuerzo. A eso de las dos y treinta se oyeron dos cañonazos y todos —en el comedor y la antesala— se vieron en medio de un fuego de artillería y fusilería. Se levanta Piérola de la mesa, pregunta "¿Qué piensan ustedes de la buena fe de los chilenos?", sale gritando que ellos han roto la tregua y parte para el teatro de operaciones dejando a diplomáticos y marinos bajo una lluvia de balas. Advierte Petit-Thouars: "No había un caballo ensillado y todo el estado mayor se encontraba allí. La sorpresa ha sido pues completa para él".

Ha corrido mucha tinta sobre quién rompió la "tregua". A juzgar por la escena relatada y el hecho que poco después —como lo atestigua también el almirante francés— los buques de la escuadra invasora comenzaron a cañonear, parece que fueron los chilenos. De otro lado se habla de una carta, del propio 15 en la mañana, de Piérola a Astete, prefecto del Callao, siempre partidario de una acción de sorpresa, y del hecho que aquella misma tarde algunos peruanos alardearan de haber ellos abierto el fuego. Una opinión intermedia hace pensar en que Baquedano al mover sus tropas —lo que Paz Soldán considera ya como una ruptura de tregua— se acercó demasiado a las líneas peruanas y determinó así un tiroteo que después se generalizó.

El hecho es que los comandantes y diplomáticos se encontraron en precaria situación en medio de una batalla, teniendo que saltar tapias y atravesar acequias. Volvieron a pie a Lima, y varios ministros, menos deportivos que Vorges, en especial el asmático Gramatzki —que casi dejó ahí la vida— estuvieron indispuestos por varios días.

"Al cabo de media hora más o menos cesó el peligro que venía del fuego y nos encontramos comparativamente abrigados, comenta Petit-Thouars.

(97) Petit-Thouars, oficio citado de 23 de enero de 1881.

Pero entonces nos encontramos en otro peligro, que estábamos lejos de esperar, pues hombres a caballo venían de Lima, habían sido colocados en las diferentes salidas de la ciudad para detener a los fugitivos y casi nos sablean en diversas ocasiones. Cuanto a mí —concluye— sólo escapé por milagro". Vorges, por su lado, escribió a su familia que tenía la impresión que los "cazaban como a conejos".

Parece que el gobierno francés otorgó la Legión de Honor a Vorges por estas insólitas aventuras y la reina Victoria creó a Saint-John **baronet** en recompensa por las mismas.

Esta escena tragicómica de enlevitados plenipotenciarios y almirantes en uniformes de gala, huyendo por los potreros entre Lima y Miraflores, acosados por mosquetes y sables anónimos, jadeantes y enlodados, es uno de los pocos aspectos risueños de la dramática derrota del Perú, de la desbandada de unos, la ineficacia de otros y el sacrificio de muchos.

"Lima se encontraba entonces expuesta al más grande peligro, el ejército victorioso podía antes del anochecer llegar pisando los talones de los fugitivos, y usando de los procedimientos habituales de los chilenos en las ciudades tomadas por asalto, poner todo en fuego y saqueo. Felizmente el general Baquedano tuvo la sabiduría de contener sus tropas y se contentó con poner sus avanzadas en Miraflores" (98).

Por nuestro lado —sigue informando Vorges— comprendimos perfectamente que la ciudad no tenía otra cosa que hacer sino rendirse. El señor Saint-John y yo, así como nuestros dos almirantes, que no se separaron de nosotros durante toda esta crisis, fuimos en la tarde a palacio. El desorden era absoluto, no se encontraba a nadie. El ministro de Inglaterra que había llegado un poco antes pudo aún encontrar al señor Calderón, pero después de algunos momentos de conversación el secretario de estado, so pretexto de consultar al Jefe Supremo, se fue a cenar o a esconderse. Imposible encontrarlo de nuevo. En cuanto a Piérola, había desaparecido totalmente. Felizmente pudimos conseguir al señor Torrico, alcalde de la ciudad. Concertamos con él nuestro plan de rendición de la plaza y enviamos inmediatamente tres oficiales de marina —un francés, un inglés y un italiano— al cuartel general chileno. Era cerca de la medianoche" (99).

Domingo 16 de enero

Los tres oficiales, cuenta Petit-Thouars, "llegaron difícilmente al cuartel general; la irritación era extrema contra los extranjeros que de un lado eran acusados de connivencia con lo que se llamaba la traición de los pe-

(98) Vorges, oficio citado de 19 de enero de 1881.
(99) Ibid.

ruanos, y de otra parte, de querer arrebatar a los soldados la presa que codiciaban hace tanto tiempo. La acogida del general Baquedano fue más que fría, pero poco a poco la mala impresión producida por el incidente del día se disipó al saberse los peligros que los miembros del cuerpo diplomático habían corrido. Estos señores que habían sido testigos del asunto de Miraflores sostuvieron que Piérola era extraño a la iniciación del fuego por los peruanos; y fue convenido que el general no atacaría antes de haber recibido al alcalde, los miembros del cuerpo diplomático y a los almirantes. Al haber hecho anunciar a los chilenos que acompañaríamos a nuestros ministros en las conferencias, el almirante Stirling y yo esperamos producir una cierta presión sobre ellos, sin formular amenazas, y creo que hemos estado bien inspirados" (100).

En la mañana del 16 los oficiales trajeron una carta de Baquedano en que éste se quejaba amargamente de la ruptura de la tregua y que se reservaba el derecho de bombardear Lima en el primer momento, si la ciudad no se rendía a discreción. "Felizmente estábamos listos, comenta el ministro francés. Desde la mañana el alcalde Torrico había reunido un cierto número de notables y se había hecho dar la autorización para negociar. Partimos pues a las 10 con él, el ministro de Inglaterra y yo, acompañados del almirante francés, el inglés y el jefe de la división naval italiana. Como consecuencia de diversos malentendidos llegamos sólo a las dos de la tarde al cuartel general" (101).

"El alcalde de Lima fue invitado a exponer la situación, lo que hizo con gran simplicidad y nobleza. Dijo que en ausencia de toda autoridad gubernativa había creído de su deber como jefe de esa gran ciudad venir a pedir que fuera respetada; afirmó que él y los miembros de la "guardia urbana", que había sido reorganizada esa mañana bajo el mando de M. de Champeaux, harían todos los esfuerzos para que no se produjera ningún acto de hostilidad contra los chilenos" (102).

"La rendición fue aceptada... Lima estaba salvada", exclama Vorges. Baquedano quería hacer entrar sus tropas —por lo pronto las regulares— de inmediato; los diplomáticos obtuvieron que la ocupación se postergara por 24 horas.

La vuelta de Chorrillos no fue del todo reposo. Al abandonar el cuartel general, relata Petit-Thouars, "vimos tomar medidas particulares para la seguridad de nuestro vagón y supimos que los soldados furiosos de haber sido detenidos en las puertas de Lima, habían ya disparado contra el general Baquedano, que nuestras gestiones eran vistas con muy malos ojos y que

(100) Petit-Thouars, oficio citado de 23 de enero de 1881.
(101) Vorges, oficio citado de 19 de enero de 1881.
(102) Petit-Thouars, oficio citado de 23 de enero de 1881.

no sería extraordinario que recibiésemos algunas balas. El hecho se produjo en efecto, pero ninguno de nosotros fue alcanzado por ellas" (103).

La postergación de la ocupación de Lima resultó ser causa de un nuevo peligro:

Astete había venido del Callao con un tropel de voluntarios para oponerse a la capitulación y aunque el prefecto del puerto volvió a esa plaza, sus acompañantes y bandas de soldados dispersos junto con el bajo pueblo comenzaron el pillaje e incendio de Lima.

Lunes 17 de enero

Atropellos e incendios sólo pudieron ser definitivamente contenidos en el curso de la mañana gracias a la intervención de las compañías de bomberos y de la guardia urbana, bajo la certera dirección de Champeaux.

Petit-Thouars describe así la situación: "La ciudad estaba llena de gente armada, los barrios exteriores se amotinaban y asumían una actitud amenazante, y después de haber escapado al saqueo de Lima por los chilenos nos encontrábamos expuestos al saqueo de la ciudad por la gente de los barrios, a los excesos de una soldadesca desbandada y sin dirección. Vino la oscuridad. Se tiraba de todos lados en las calles; comenzó el pillaje de los chinos e italianos en los barrios, pronto varios incendios se alumbraron en el corazón de Lima. Todo lo que pudo hacer el alcalde fue evacuar algunos batallones del ejército regular y enviarlos en dirección a Oroya, es decir al interior, persuadiéndolos de que Piérola los llamaba para continuar batiéndose". La legación de Francia que era pequeña no podía recibir todas las personas de nacionalidades diversas que en ella querían asilarse y escogió por refugio de los franceses "la casa del marqués Seballos", es decir el palacio de Torre Tagle.

El alcalde Torrico se ocupó con eficacia de reprimir los desmanes y de la evacuación de los fuertes de modo que a las dos de la tarde cuando las cabezas de las columnas chilenas se presentaron en las puertas de Lima todo estaba preparado para evitar cualquier incidente grave (104).

"A las cuatro de la tarde las tropas chilenas hicieron su entrada en el más grande orden. Ningún incidente perturbó esta ceremonia por más triste que fuera para los vencidos". Y añade Vorges: "Hay lugar a felicitarse vivamente de este resultado, cuanto más que había motivo de temer un final contrario. No vacilo en decir, según me aseguran de todos lados, que la intervención de la legación francesa y de la legación inglesa ha sido para ello de gran ayuda. Yo creo que no está vedado de regocijarse que sólo esta

(103) Ibid.
(104) Ibid.

intervención haya tenido hasta ahora, en la guerra actual, un resultado serio y útil, y que en esta circunstancia hayamos cobrado una buena revancha de la irrupción brusca e ineficaz de la mediación americana en Arica" (105).

Los chilenos entraron en el Callao el 18, después de escenas parecidas a las que se realizaron en Lima; motines, actuación de la guardia urbana, ocupación ordenada, previa destrucción de fuertes y hundimiento de la flota por el prefecto Astete, aunque preservándose el muelle y dársena, que tanto preocupaba a los franceses.

Las pérdidas totales de los extranjeros pueden evaluarse en Lima y Callao en diez millones de francos. Un francés murió a causa de los desórdenes en el puerto.

Entre las conclusiones de Petit-Thouars se encuentra una que corresponde a la difundida opinión que los civilistas preferían los chilenos a Piérola, y está formulada en forma cautelosa: "El partido civil no ha cesado de mostrar su hostilidad contra Piérola y la disolución de una porción notable de la reserva durante el combate del 15 (Miraflores) debe ser atribuída, en gran parte, a la aprensión que abrigaban algunos de sus jefes de verlo triunfar" (106). Este juicio de alguien que si bien mantenía buena relación con el dictador pero que en modo alguno lo admiraba, y disponía de informaciones de primera mano, merece ser prudentemente sopesada por su gravedad y trascendencia.

Francia y sus agentes en el Pacífico

De las páginas que anteceden aparece como necesaria consecuencia que la actitud de Francia y sus agentes en el Pacífico Sur se inspiraba, aparte la obligación que les incumbía de defender a los nacionales e intereses franceses, en la significación de esa nación en ultramar. Implica su presencia —a través de sus fuerzas y de su diplomacia— en los puntos políticamente candentes, la defensa de los principios fundamentales del derecho internacional, tanto en la paz como en la guerra entre "naciones civilizadas". Finalmente es el Perú, como ya se ha expresado, el país más cercano a Francia, y ello establece una corriente de simpatía, que dentro de los términos de la neutralidad, representa una reserva moral para la causa peruana.

El ministro de Vorges describe en setiembre de 1880, la situación diplomática que resulta de esta posición en los siguientes términos: "He oído decir recientemente que los Estados Unidos han declarado que este asunto (la

(105) Vorges, oficio citado de 19 de enero de 1881.
(106) Petit-Thouars, oficio citado de 23 de enero de 1881.

contienda del Pacífico) concierne sólo a ellos y que se encargarían de mantener la guerra en los límites del derecho de gentes moderno. La mediación de los Estados Unidos ha parecido ser la señal de los más grandes abusos de la fuerza. El departamento (el ministerio) sabe que he sido siempre partidario de dejar a los Estados Unidos una parte legítima de influencia, pero sus celos exclusivos en asuntos donde nosotros tenemos en el fondo más intereses materiales en juego, me parecen poco dignos de una gran nación. En realidad ellos tienen menos influencia moral en estos parajes que nosotros y los ingleses. También tienen menos influencia material, pues habiendo renunciado "al lujo" de una marina al nivel de los últimos adelantos, no tienen una flota seria y capaz de un golpe de mano. ¿No sería oportuno pues, si los americanos se muestran impotentes de lograr la paz y detener las devastaciones de los chilenos, tomar nosotros en mano, de una manera más activa, el papel que naturalmente nos pertenece? Estoy seguro que Francia e Inglaterra reunidos y queriéndolo seriamente, llevarían fácilmente a buen término una gestión en que ellas tienen tantos intereses comprometidos" (107).

Coincidiendo con esta posición, Petit-Thouars, al justificar desde Valparaíso ante el ministro de Marina el poner proa hacia el Callao, a fines de diciembre de 1880, dice: "Los acontecimientos se precipitan en el norte; el desembarco de los chilenos en Lurín, es decir a 35 kilómetros al sur de Lima es un hecho desde el 23; antes de fin de enero van a producirse hechos de gran gravedad, durante los cuales la seguridad de nuestros nacionales puede encontrarse comprometida; y cuando nuestro gobierno ha hecho tanto desde el comienzo de la guerra del Pacífico para asegurar el respeto de nuestro pabellón, y ha mostrado una tan grande solicitud por los intereses franceses en estos mares, me parece que el comandante en jefe de la división naval del Pacífico faltaría a su deber si no aportara a nuestro ministro de Francia en el Perú, así como a nuestra colonia francesa, el apoyo con el cual ellos deben contar" (108).

Después de la toma de Lima, aparece la posición francesa muy nítidamente en el siguiente despacho de Vorges, que copiamos en casi su integridad:

"La instalación del nuevo gobierno tuvo lugar en fin el sábado pasado no en Bellavista, donde los chilenos habían dejado trabajadores ocupados en retirar las máquinas del arsenal de la marina, sino en Magdalena, pequeño pueblo unido a Lima por un ferrocarril de 4 kilómetros. La ceremonia fue bastante fría; los tribunales rehusaron figurar en ella. El presidente García Calderón ha prestado juramento ante dos mil personas más o menos y los ministros lo han prestado inmediatamente después ante él.

---

(107) Vorges al Ministro de Relaciones Exteriores de Francia, Lima, 24 de setiembre de 1880.
(108) Petit-Thouars, al Ministro de Marina de Francia, Valparaíso, 29 de diciembre de 1880.

El señor Gálvez (ministro de Relaciones Exteriores) ha informado a las autoridades chilenas de la instalación del gobierno. El general en jefe ha respondido simplemente que transmitiría la información a Santiago y aguardaría órdenes. Es ello un poco frío frente a un gobierno creado, por así decir, a instigación de los chilenos y al que ellos habían hecho esperar primero un acuerdo casi inmediato sobre las bases de la paz. Es verdad que la lentitud y las indecisiones de los jefes del movimiento han permitido a los chilenos darse cuenta de las ventajas que podrían cosechar maniobrando entre los diversos partidos que se reparten el Perú... Lejos de pensar en negociar, los plenipotenciarios chilenos hablan de ausentarse por algún tiempo de Lima, cuya ocupación parece que quieren prolongar. Y nosotros nos encontramos incómodos, pues no podemos aún reconocer al gobierno ni apoyarlo... La gran preocupación del momento es el cumplimiento del plazo dado a 50 capitalistas llamados a pagar una contribución de 4 millones de francos (1 millón de soles de plata). El plazo se cumplió ayer. He expresado varias veces en mis conversaciones con las autoridades chilenas mi opinión sobre esta contribución y sobre la amenaza hecha de destruir propiedades de los recalcitrantes, propiedades en las cuales están comprometidos muchos intereses. Se me ha prometido que los locatarios extranjeros tengan un plazo para mudarse y he declarado que me creía en el derecho de reclamar la indemnidad para aquellos que no tengan contrato de alquiler. No he disimulado, por lo demás, que el hecho mismo de destruir las propiedades me parecía odioso y he añadido que mi gobierno se extrañaría que yo hubiese asistido a tales actos sin hacer observaciones. Estas representaciones oficiosas apoyadas por lo demás por mis colegas de Inglaterra y España han tenido sin duda algún efecto sobre los plenipotenciarios chilenos. Han consentido por lo pronto, si el nuevo gobierno quisiera hacerse cargo de la contribución, a darle ocho días para pagar un medio millón de soles y ocho días más para lo restante. Aparte ello, se han mostrado dispuestos a reducir la contribución en los meses siguientes. Finalmente han propuesto aceptar 200.000 soles inmediatamente y el resto en un plazo de treinta días. El asunto parece definitivamente arreglado sobre esta base. Ayer el cuerpo diplomático, sin conocer aún las últimas proposiciones de los chilenos se ha reunido a pedido del ministro americano para hacer una gestión contra la destrucción de las propiedades. Muchos de mis colegas querían hacer una protesta formal. No me mostré dispuesto a asociarme a un acto de este género, pues aunque encuentre odiosas las amenazas hechas por los chilenos, no me parece demostrado que la destrucción ordenada a título de castigo por una resistencia contra las órdenes de la autoridad militar sea absolutamente contraria al derecho de gentes. Decidimos pues hacer por lo pronto una gestión verbal. Nuestros colegas encargados de esta misión han logrado el arreglo indicado más arriba, consentido del lado chileno y —cosa extraña— es del lado peruano que han tenido que hacer algunos esfuerzos, pues éste titubeaba en aceptarlo.

En cuanto a mí, creo que la ciudad de Lima ha salido muy bien librada. La contribución reducida a 200.000 soles de plata por el momento y a

una deuda que terminará quizás por confundirse con la indemnización general de la guerra es realmente muy ligera. Pero los chilenos se han visto obligados a hacer marcha atrás justamente porque habían hecho amenazas odiosas, cuya ejecución, con las consecuencias que ella traería consigo, habría quizá terminado por costarles muy caro tanto en reputación como en indemnizaciones" (109).

* * *

El renombre histórico separa a los dos personeros de Francia en Lima durante la guerra del Pacífico: Un grupo de señoras de la capital preparó un bello álbum con mil firmas (110) en agradecimiento al almirante, que le fue remitido por el ministro del Perú en París; el concejo provincial inició en 1890 una suscripción popular para adquirir su retrato (111). La estatua que se halla a la vera de la avenida du Petit-Thouars en Lima —erigida durante el segundo gobierno de Leguía— exalta su actuación en 1881. Los niños peruanos aprenden en la escuela, con gratitud, su nombre.

La colonia francesa ofreció al ministro plenipotenciario una placa de oro al partir de Lima. Pero pocos recuerdan hoy al Conde de Vorges; algunos eruditos se refieren a su contribución —como precursor— al renacimiento del tomismo en Francia; los seminaristas de comienzos de siglo —hoy viejos eclesiásticos— creyeron que el autor de sus otrora difundidos libros de texto era sacerdote, y que jamás traspuso los linderos de San Sulpicio. Su castillo y sus archivos fueron reducidos a cenizas durante la última guerra mundial.

París, 7 de junio de 1980.



(109) Vorges al Ministro de Relaciones Exteriores de Francia, Lima, 16 de marzo de 1881.
(110) Entre ellas la de la viuda de Miguel Grau. Buen número de las firmas no son de puño y letra de las adherentes.
(111) Basadre, *Historia de la República del Perú*, Lima, 1962, vol. VI, pág. 2535.

M
MAT
5

Tipo-Offset SESATOR, Av. Sucre 1200, Pueblo Libre, Lima (Perú)